

VENTE ROJAS S.A.

C.A.S.H.

1962



Veinte mil Kilómetros

Por ROBERTO LUIS EDUARDY

No Habrá Cosecha

Si no se siembra!

LA VOZ DE LA ESPERANZA siembra la divina semilla del evangelio en la buena tierra de los corazones sinceros. Lo hace en muchos idiomas: español, inglés, portugués, italiano, alemán, francés, japonés, etc. etc.

Para saber donde escucharlo y para solicitar las lecciones cristianas de la Escuela Radipostal, diríjase a cualquiera de las direcciones que se dan al fin de este libro.



Veinte Mil Kilómetros *Por Tierras de México y Centroamérica*

Por

ROBERTO LUIS EDUARDY

Primer tenor del CUARTETO LOS HERALDOS DEL REY



Publicado por

LA VOZ DE LA ESPERANZA

Box 55 LOS ANGELES CALIFORNIA

Nota Explicativa

DESEAMOS aclarar algo que podría llamar la atención del lector de este libro. Usamos la palabra México y sus derivados con "x" a pesar de que reconocemos que en muchos países se usan con "j", lo cual sería también correcto. Pero como en México se usa oficialmente con "x" y así se escribe también en otros países, hemos creído oportuno escribirlo de esa manera.

Primera impresión Mayo 1, 1960, 13,000 Copias

Nota: Reservados todos los derechos. Para reproducir cualquier parte de este libro debe obtenerse permiso de

LA VOZ DE LA ESPERANZA

Box 55 Los Angeles 53 California

Cuarteto "Gringo"

SE OYE UNA VOZ que proviene de la sala de controles en el Estudio de Grabación y se dirige a los cuatro jóvenes que están de pie frente al micrófono. En un inglés con acento español dice:

—¡Por favor! esa "r" al final de las palabras. Hay que pronunciarla un poco mejor. "Lugar-r, luchar-r, Señor-r." Más marcada la "r," por favor.

Es la voz de Braulio Pérez Marcio, director y orador del programa para la América Latina, LA VOZ DE LA ESPERANZA. Adiestrar a los Heraldos del Rey y a la señorita Del Delker en la exacta pronunciación del idioma español, es uno de los múltiples deberes del Sr. Pérez Marcio. Desde que ninguno de los miembros del cuarteto habla el idioma español, debe darse una atención esmerada y cuidadosa a cada palabra, a cada sílaba.

—Hasta cierto punto, es mejor que al empezar no supieran nada de español, -dice el Sr. Pérez Marcio-. Si cada uno de ustedes hubiese sido educado en países de habla española, tendrían diferentes hábitos de pronunciación, porque cada país habla el idioma con ciertas características locales. De esta manera todos aprenden a cantar teniendo la misma inflexión y el mismo acento. Es mejor así.

Muchas veces pasamos dos o tres horas practicando y perfeccionando un solo himno en español. Nuestro cuarteto pasa horas ante el micrófono repitiendo una y otra vez un canto hasta que nos familiarizamos con la música. Al mismo tiempo vamos haciendo nuestras y conociendo perfectamente las palabras del canto. Hemos trabajado juntos como cuarteto y con el Sr. Braulio Pérez Marcio en el programa LA VOZ DE LA ESPERANZA, durante más de 10 años. Por lo tanto, al practicar podemos alcanzar por nosotros mismos cierto grado de perfección antes de pedir a nuestro "Jefe" ayuda alguna. Pero en cuanto la pedimos empieza lo más serio.

—Estamos listos, -le comunicamos mediante el micrófono desde el estudio al salón de controles.

El pone a un lado el libro o lo que ha estado estudiando durante nuestro previo "auto pulimento," y apretando el botón del control dice:

—Muy bien, empecemos.

Comenzamos a cantar. Apenas hemos pronunciado tres palabras cuando oímos su voz:

—La "g" en "gloria" tiene un sonido muy áspero. Pronuncien una "g" suave, una buena "g" española, así "gloria."

Empezamos otra vez. De nuevo nos detiene.

—La “g” fue perfecta. Ahora una “i” más aguda en “gloria.” “Gloria.”

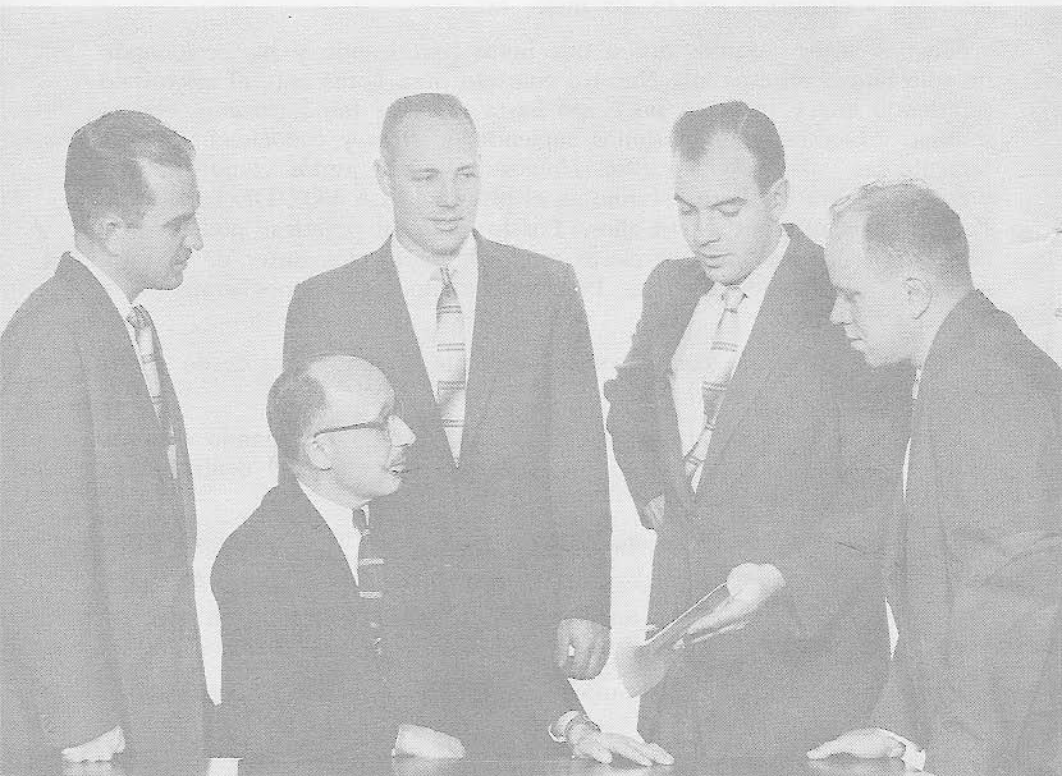
La próxima vez no vamos más lejos que la sexta palabra antes de que nos detenga de nuevo.

—Un momento -nos dice-. Pronuncien una “b” suave en “bella.” Sueña como “pella.”

Y así continuamos. A veces pensamos que nunca conseguiremos pronunciar las palabras con la exactitud que a él le agrada, pero continuamos en la lucha y practicamos hasta que nos de la señal de aprobación. El próximo paso es grabarlo en cinta fonomagnética.

El señor Pérez Marcio actúa como técnico manejando las grabadoras mientras nosotros cantamos. Entonamos de nuevo la primera estrofa tratando de recordar todos los consejos, sugerencias, instrucciones y mandatos. Cuando ya ha sido grabada, todos la escuchamos con atención y meticulosidad. Nosotros, como cuarteto, escuchamos tratando de descubrir los errores musicales que pudiesen haberse deslizado. El señor Pérez Marcio se concentra en la pronunciación.

El Prof. Braulio Pérez Marcio y los Heraldos del Rey en el Estudio. De izquierda a derecha: Eduardo Lima Fuentes, Prof. B. Pérez Marcio, Roberto Miramontes, Juan Antonio Díaz y Roberto Luis Eduardy.





El día de la partida. El Sr. Elmer Walde, Director de Radio despidе al Prof. Pérez Marcio y al resto del grupo.

Después de varias tentativas -grabamos, escuchamos, borramos y volvemos a grabar, y escuchamos y volvemos a escuchar una y otra vez, -finalmente sentimos que hemos hecho lo mejor posible musicalmente, y cuando el señor Pérez Marcio aprueba la pronunciación, estamos listos para trabajar con la siguiente estrofa.

Cuando ambas estrofas han sido grabadas a satisfacción para ambos, -el señor Pérez Marcio y el cuarteto- las unimos según la técnica. Más tarde, cuando grabamos el programa LA VOZ DE LA ESPERANZA en cinta fonomagnética, insertamos cada canto en el lugar exacto que le corresponde en el programa matriz.

Nuestro principal trabajo para el programa LA VOZ DE LA ESPERANZA lo hacemos dos veces cada año. Son dos períodos de seis semanas cada uno que se dedican exclusivamente a cantar y a grabar dicho programa. Durante este tiempo, Jerry Dill, (Juan Antonio Díaz, en español), bajo del cuarteto, trabaja con el señor Pérez Marcio preparando nuevos cantos. Además de ser orador, el señor Pérez Marcio, es un consumado poeta. Le es fácil, por lo tanto, traducir hermosos himnos. El trabajo de Juan Antonio es asegurarse de que cada palabra corresponda exactamente a la nota que musicalmente pertenece. Estas traducciones especiales nos dan una fuente de material musical propio de que no se dispone en ningún otro lugar del mundo.

Español, Español, Español

Enero 25

EN CAMINO, POR FIN! Juan Antonio Díaz y yo, nos hallamos sentados en la parte trasera de la camioneta mirando hacia atrás y sintiendo el balanceo y los movimientos propios del camino. Estamos en la primera etapa de nuestro viaje de Los Angeles, California a Panamá, República de Panamá

Me doy vuelta y veo adelante al Profesor Braulio Pérez Marcio, nuestro "Jefe," -como amigablemente lo llamamos- en el primer asiento. Hay una alegre sonrisa en su rostro. Durante años había soñado con la posibilidad de llevar al cuarteto en un viaje a algunos de los países Latinoamericanos. Por lo tanto, ve cumplido ese sueño por segunda vez. Este es un día feliz para él. Por mucho tiempo pareció imposible que tal cosa pudiese llevarse a cabo. . . .

Oímos el primer rumor en agosto. Parecía algo fantástico.

¡Un viaje de seis semanas a México y Centro América! ¡No podía ser!

¡Sería imposible! ¿Cómo podríamos abandonar el trabajo en Los Angeles por tanto tiempo? Se levantaron en nosotros un sin fin de interrogantes para los cuales no teníamos respuesta. Concluimos en que era un sueño más.

En septiembre se recibió una carta de Miami. La escribió Lloyd Reile, Secretario de Radio de la División Interamericana que incluye también a México y Centro América:

"Estamos planeando los detalles para un viaje del Profesor Pérez Marcio con el cuarteto Los Heraldos del Rey por México y Centro América, -decía a nuestro gerente- no sabemos si podrá hacerse. Queremos avisarles a fin de que estén preparados en caso de que tengamos la dicha de poder realizarlo."

En octubre llegó otra carta:

"Parece que hay muchos obstáculos que vencer. Esperamos, sin embargo, que se pueda arreglar este viaje. Por favor, tomen este viaje en cuenta en su plan de trabajo. Será de valor inapreciable para los radiooyentes en nuestros países."

En noviembre llegó la palabra definitiva. Se haría el viaje. Y comenzó nuestro verdadero trabajo.

No es posible comprender el sin fin de detalles envueltos en un viaje al exterior, hasta que no se ha pasado por esa experiencia.

✓ Lloyd Reile arribó a Glendale dos días antes de la fecha de salida. Pero el día de partida llegó y aun no nos hallábamos completamente listos. El aparato para acomodar el equipaje no encajaba sobre la camioneta Chevrolet que él traía. De manera que dedicamos algunas horas a subsanar esa dificultad.

Fuimos a las oficinas de La Voz de la Esperanza y allí se realizó una ceremonia de despedida. Todos los empleados se juntaron alrededor de la camioneta, y se tuvo una oración especial pidiendo a Dios su bendición en los esfuerzos a realizar en favor de su Causa.

Dan Suhri, uno de los empleados de la imprenta de La Voz de la Esperanza, se acercó al auto y nos obsequió una caja de "chicles." En las lejanas tierras del Sur de México tuvimos un buen uso para ellos.

Al llegar a la frontera mexicana la policía aduanera nos saludó amablemente.

Nuestra primera reunión en Tijuana iba a realizarse en el Salón de Actos de la Escuela Obregón. Estábamos buscando el lugar cuando otro vehículo se nos acercó y el chofer al ver que estábamos tratando de orientarnos, nos preguntó: "¿Están perdidos?" Amablemente nos dirigieron a nuestro destino. Comprobamos por primera vez la tan mentada cortesía latinoamericana.

Había allí unos 500 radioyentes del programa La Voz de la Esperanza ávidos de ver y oír en persona al conjunto del mencionado programa.

Tenía conmigo un diccionario español de bolsillo que me había sido regalado por mi hijo Jimmy antes de salir. Ayudado por este diccionario me fue posible entender una buena parte del discurso del Profesor Pérez Marcio.

Terminado el acto, fuimos invitados a asistir y a cantar algunos himnos en el funeral de una señora que había sido buena amiga de La Voz de la Esperanza. Nos pareció muy extraño que realizaran un funeral cerca de la media noche, pero fuimos de todas maneras.

Al llegar encontramos que no era un funeral sino un servicio precedente. Es la costumbre allí. El cadáver se lleva a la funeraria y allí está día y noche. La gente entra y sale en todo tiempo y algunos permanecen allí la noche entera.

Había allí una gran cantidad de gente a pesar de la hora avanzada. Conseguimos abrirnos camino entre el gentío hasta el frente, donde fuimos presentados al público. Cantamos tres himnos y vimos lágrimas en los ojos de muchas personas presentes. Este fue el broche de oro con que cerramos el primer día de nuestro tan esperado viaje.

Tijuana es una ciudad fronteriza entre México y Estados Unidos, de modo que cruzamos la frontera y otra vez volvimos a territorio americano.

Debíamos cumplir nuestra próxima cita en Ciudad Obregón, Estado de Sonora, México.

Hubiera sido posible ir desde Tijuana hasta Ciudad Obregón por territorio mexicano, pero preferimos aprovechar la magnífica carretera No. 80 que recorrimos desde San Diego, California, hacia Tucson, Arizona. Desde allí tomamos hacia el sur rumbo hacia la ciudad de Nogales, Arizona, sobre la misma frontera.

A las 6:30 de la mañana del tercer día de viaje, nos dirigimos hacia la frontera mexicana. Pero al llegar allí las autoridades de la Aduana estaban desayunando. Presentimos la misma situación en muchas de las fronteras por las cuales pasaríamos.

Era una mañana fría. Las gotas congeladas que pendían de un tanque que se hallaba en las cercanías, brillaban al reflejo de los primeros rayos solares. Nos acercamos a una pequeña estufa que habían encendido en una de las oficinas y esperamos. Cuando llegó el oficial de la Aduana con su ceño imponente y poco amistoso, había una buena cantidad de gente apiñada y tratando de formar una fila, que una vez formada resultó bien larga.

El mencionado oficial comenzó su tarea de revisión de documentos. Los primeros en pasar fueron los señores Reile y Pérez Marcio. Pasaron sin la menor dificultad. Entonces el oficial se acercó a mí. Le extendí mi tarjeta de turista y con mirada penetrante me dijo:

—Señor Eduardy, ¿puedo ver su certificado de nacimiento, por favor?

Alarmado por la pregunta respondí:

—¿Mí . . . mí . . . certificado de nacimiento? No lo tengo.

A lo que impasiblemente respondió el buen señor:

—Lo siento mucho, pero debe tenerlo antes de que pueda pasar.

Me quedé como quien ve visiones. Imaginé a los demás partiendo sin mí. ¡Adiós mi sueño! Empecé a rebuscar entre mis documentos, que tenía bien guardados -de acuerdo con la advertencia dada al principio del viaje- y al hacerlo, el oficial de la Aduana pudo entrever mi pasaporte. Era todo lo que necesitaba para entrar al país. Y, naturalmente entré con los demás.

Salimos en dirección al sur como a las 8:30 de la mañana. Nuestro buen amigo Reile iba al volante, listo para correr. Pero pronto nos dimos cuenta de que nuestros amigos de la Aduana no habían terminado con nosotros todavía. Cuatro veces más en el término de media hora fuimos detenidos y en cada parada debíamos mostrar los preciados documentos. Estos pequeños puestos aduaneros están situados en los puntos estratégicos por donde tendrían que pasar los vehículos que pudiesen haber cruzado la frontera con contrabando.

Cinco minutos más tarde vimos dos ancianas que iban junto a la carretera con dos asnos cargados de leña.

—¡Pare! -gritamos.

El señor Reile apretó los frenos con rapidez y detuvo el vehículo suavemente junto al lado del camino.

—¿Qué pasa? ¿qué pasa? -preguntó.

—Queremos tomar una fotografía, -respondimos.

¡Muchachos, muchachos! -murmuró él, con buen espíritu, por supuesto.-

Esto estableció el ritual que se cumplió más tarde muchas veces:

—¡Pare! Queremos tomar una fotografía.

—¡Muchachos, muchachos!

Saltamos del auto para tomar la fotografía. Pedimos a las mujeres que pasaban que se detuvieran, pero ellas seguían impassiblemente su camino. No cooperaban con tan buena voluntad como nuestro amigo Reile. Hasta que enfocamos nuestras cámaras, mujeres y asnos estaban ya fuera de foco. La mujer más anciana parecía tratar de detener su burrito. Entonces Pérez Marcio le ayudó a detener al animal. Todos tomamos varias fotografías y mientras rondábamos alrededor del burro surgían las bromas propias del incidente. Ibamos a encontrar centenares de asnos -asnos y ancianas,- pero eran los primeros que encontramos en nuestra ruta y estábamos pasando por los primeros momentos de excitación del viaje.

Como a las 4:00 p.m. llegamos a Ciudad Obregón. Esta simpática ciudad se llama así en memoria del General Alvaro Obregón, que nació allí. Antes de ser militar fue un agricultor de éxito. En 1920 asumió la presidencia de la República.

Ciudad Obregón es una población activa y llena de vida. Las calles principales son anchas. Hay edificios ultramodernos por doquier, Bancos, casas comerciales, fábricas, mercados, etc. Un dique y una serie de canales de riego, próximos a la ciudad, han habilitado miles de hectáreas para los cultivos.

La estación de Radio XEAP nos ofreció media hora a las 7 de la noche para que presentáramos un programa, proposición que aceptamos gustosamente. El Estudio era pequeño y cuando llegamos, encontramos un centenar de personas esperando entrar allí con nosotros, cosa imposible en virtud del espacio. Entraron los que cupieron. Cantamos varios cantos -en español por supuesto- y el Profesor Braulio Pérez Marcio presentó un corto discurso. De allí salimos en dirección al próximo salón de reunión que también encontramos completamente lleno. Después del acto mucha gente se aproximó para saludarnos. Fue entonces

cuando los miembros del cuarteto tuvimos la sensación clara de sentirnos como ahogados bajo aquel diluvio de idioma español tan superior a nuestra capacidad para entenderlo. Era como tratar de nadar en un mar carente de orillas. Ante semejante dilema, la inclinación natural fue salir de ese mar inmenso limitándonos a hablar en inglés entre los miembros del cuarteto. Pero si uno desea progresar en el aprendizaje del bello idioma español, no hay más que saltar al agua y nadar cueste lo que cueste.

✓ A la mañana siguiente viajamos 41 kilómetros hacia el sur para llegar a la ciudad de Navojoa.

En una llanura al sur de la ciudad hay una pequeña escuela cristiana. Los jóvenes alumnos llegan allí de cerca y de lejos y viven en los internados de la escuela. Allí cultivan la tierra, trabajan en la lavandería, en el taller mecánico y construyen sus propios edificios. De esta manera contribuyen al progreso de la escuela y se benefician económicamente.

Después de visitar rápidamente la escuela, fuimos al Salón de Actos donde presentamos un corto programa. Seguidamente nos pusimos en marcha para llegar a tiempo al compromiso que teníamos para esa noche en Guasave.

ciudad con calles estrechas y polvorientas. Mientras pasábamos por la ciudad el auto se nos llenó totalmente de polvo hasta el punto que se hacía difícil respirar. Tuvimos tiempo para asearnos y cambiarnos de ropa antes de ir a la reunión de la noche.

El salón era grande y estaba situado en un segundo piso. Pertenecía al Club Social y parecía que se usaba en ciertas ocasiones como salón de baile. Estaba muy lejos de ser un lugar propio para una reunión religiosa. Las ventanas debían dejarse abiertas, y el ruido del tráfico de la calle sumado al producido por la música que un aparato de radio lanzaba a todo volumen, y además el chisporroteo de una lámpara fluorescente dañada que había en la parte trasera del salón, todo, en fin, parecía contribuir a una atmósfera muy desfavorable para nuestros propósitos. Pero, para gran sorpresa nuestra, 250 personas escucharon con extasiada atención mientras hablaba el Profesor Pérez Marcio. Los técnicos de la estación de radio local trajeron su equipo y radiaron el programa completo.

Esa noche llevé un buen susto. Las hojas con la música que usábamos estaba a mi cuidado. Después de la reunión no podía encontrar mi cartera en la cual tenía todo el material musical para el viaje completo. Había desaparecido mientras cantábamos. Esto era algo serio. Busqué como desesperado y conmigo dos muchachos mexicanos que se ofrecieron a ayudarme. Finalmente alguien me dio un mensaje alentador. Otra persona había llevado la cartera al auto. Cuando llegué allí todos estaban esperándome en el auto y la preciada cartera con la música estaba también allí. En el rostro de mis compañeros había una rego-

cijada sonrisa. Comprendí la broma, pero aquella noche dividí la música en tres grupos y puse cada grupo en distinta valija.

Después de esa reunión viajamos 100 kilómetros más a fin de acercarnos al lugar de nuestra próxima cita al día siguiente.

Llegamos a Culiacán, Sinaloa a las 11:30 de la noche. Medio dormidos aún, a las 5:30 de la mañana estábamos otra vez poniendo nuestro equipaje en el auto. Un desayuno excelente en Mazatlán tres horas después de haber salido, nos quitó la modorra. Mazatlán es una ciudad de buen tamaño que atrae a los turistas que gustan de la pesca en mar profundo.

La jornada era larga ese día y debíamos viajar sin detenernos, así almorzamos en el auto mientras corríamos. En el apuro alguien había comprado bananos tan verdes que fue imposible comerlos. Nos detuvimos en un pueblecito para comprar otros maduros. Los verdes se reservaron para alguna necesidad futura.

Eran las 6 de la tarde cuando llegamos a Guadalajara. Escasamente tuvimos tiempo de prepararnos para la Conferencia de esa noche. Rumbo al lugar de la reunión nos detuvimos en un "super-market," hermoso mercado ultramoderno, para proveernos de algunos comestibles. En México, si uno está de prisa es mejor no entrar a un restaurante. Comer es allí algo así como un rito pausado y lento. Y tienen mucha razón. Pero no siempre nos era posible armonizar esa filosofía con la premura con que viajábamos.

Nuestra reunión de esa noche se realizó en un local pequeño, pero hubo buena asistencia.

En Guadalajara hay una buena cantidad de jóvenes procedentes de los Estados Unidos que estudian allí medicina. En los últimos años ha habido en los Estados Unidos más jóvenes con deseos de estudiar esa carrera que vacantes en las Facultades de Medicina. Algunos de ellos están en Guadalajara. Otros en Monterrey, al Este de México. Al ser aceptados en esas Facultades, la primer tarea es aprender el idioma español. Los estudios les resultan allí mucho más baratos como también el costo de la vida. Durante las vacaciones regresan a su tierra, donde trabajan y ganan lo suficiente para volver al iniciarse el próximo año.

Mientras regresábamos al lugar donde nos hospedábamos, contemplé los autos que pasaban a nuestro lado, las calles apiñadas de casas y gentes deslizándose rápidamente bajo la llovizna que había comenzado, y pensé, ¿cómo podremos llegar al corazón de esta gente con el mensaje cristiano? ¿Cómo podremos hacerles saber que Jesús volverá pronto?

Entonces murmuré una oración: "¡Oh, Señor, que alguien se sienta movido a despertar a esta ciudad para que muchos encuentren el camino de la salvación."

La Tierra de la Serpiente Emplumada

Enero-30 a las 6:00 A.M.

LAS ESTRELLAS EMPIEZAN a palidecer y los colores del alba comienzan a formar un ribete rosáceo alrededor de las nubes mezcla de azul y gris, mientras viajamos rodeando el Lago de Chapala, situado al Este de Guadalupe. El agua parecía fría y negruzca al ser herida por los primeros rayos del sol.

La paz de nuestro viaje empieza a ser evidente. Las cabezas se inclinan soñolientamente mientras continuamos el viaje. . .

La carretera a la ciudad de México se abre paso entre las montañas llenas de curvas a lo largo de todo el camino. Mientras viajábamos, nuestra camioneta mostró una de sus más detestables tendencias. Cada vez que el chofer presionaba el pedal de la gasolina los gases y el humo que salían por el tubo de escape se introducía en el vehículo. Unido a este lo viboreante de aquellos caminos, nos sentíamos al borde del mareo. Por la tarde, Roberto Miramontes y yo resolvimos cómo vencer este problema, por lo menos parcialmente. Estábamos sentados en el "Puesto de observación," es decir, en el último asiento que mira hacia atrás. Molestos por el problema señalado bajamos la puerta trasera sobre la que nos pusimos de pie mirando hacia adelante.

Esto significaba un pequeño alivio, aunque se hacía cada vez más frío viajar de esa manera sobre todo al acercarnos a la ciudad de México que está a unos 2500 metros de altura. Frío, pero más saludable que respirar los gases de la combustión de la gasolina.

Después de viajar durante tan largas horas, caíamos en una especie de insensibilidad y aun después de llegar teníamos la sensación de que seguíamos viajando.

La capital de México con su millón y medio de habitantes, es una gran ciudad que ofrece muchos contrastes al viajero. Tiene antiquísimas catedrales e iglesias ultramodernas. En las afueras de la ciudad se hallan los terrenos sobre los cuales se levantan los modernos y maravillosos edificios de la Universidad, decorados con bajo-relieves pintados por Diego Rivera, el famoso artista mexicano. Visitamos un edificio de iglesia construida en parte siguiendo el antiguo estilo gótico hasta en sus correspondientes contrafuertes, pero con las líneas rectas propias de un edificio ultramoderno. Los arquitectos hicieron gala de notable imaginación al diseñar esa obra que el público aprobó.

La ciudad de México es un lugar ideal para pasar una vacación. Posee un clima fresco y tiene todas las conveniencias modernas. Además está rodeada de lo que llamaríamos recuerdos históricos dejados por los

aztecas, los mayas, los toltecas que vivieron allí y cuyos rastros pueden verse aún.

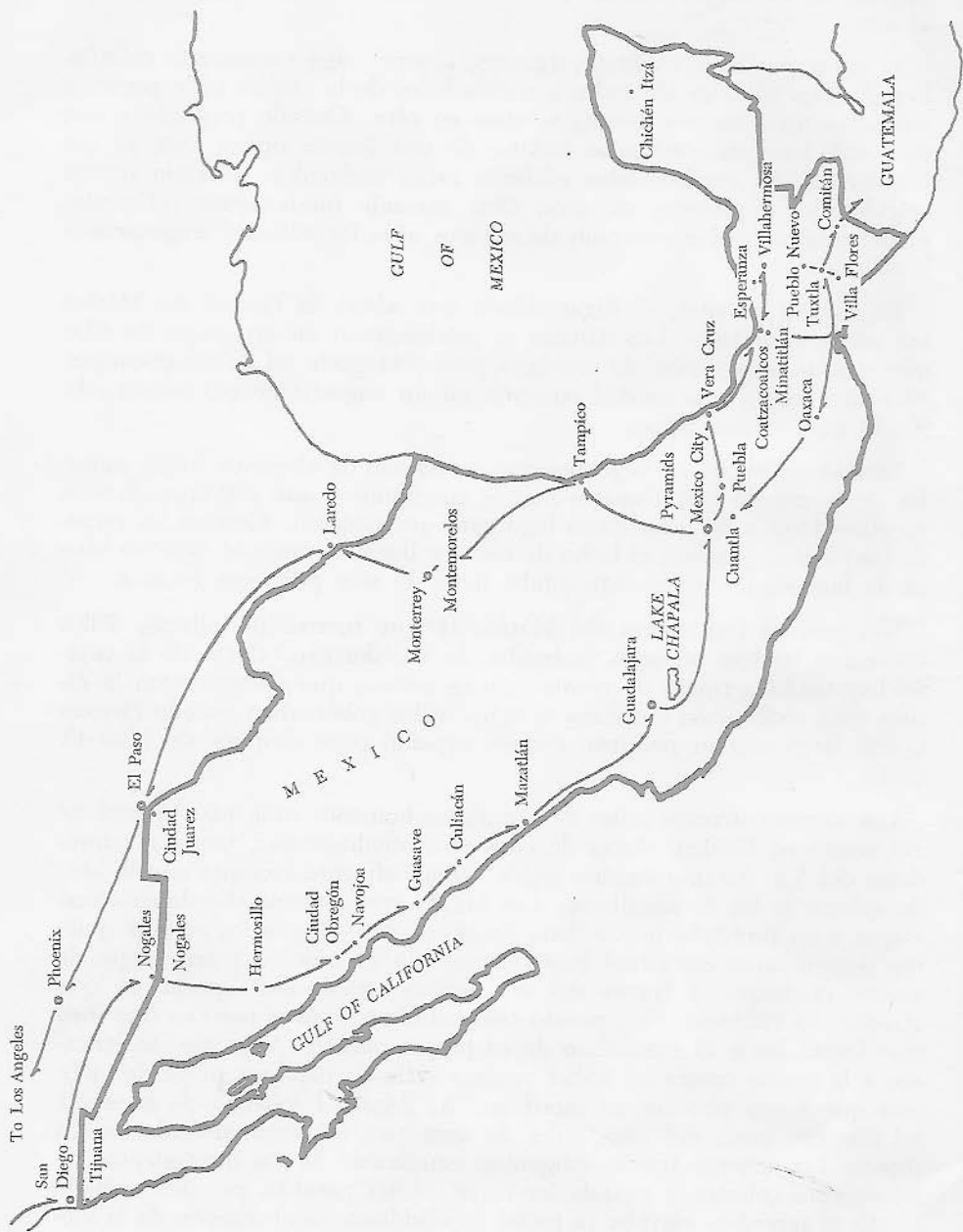
Al pasar por la Avenida Insurgentes, observé algo sumamente extraño. Los grandes edificios alineados a ambos lados de la amplia calle parecían inclinarse unos en una dirección, otros en otra. Cuando pregunté si eso era verdaderamente así o se trataba de una ilusión óptica mía, se me respondió: "Es verdad, estos edificios están inclinados. Cuando fueron erigidos, los arquitectos creyeron estar cavando fundamentos suficientemente profundos, pero después de algunos años los edificios empezaron a hundirse."

En épocas remotas, el lugar donde está ahora la ciudad de México era un extenso lago. Los aztecas se establecieron en un grupo de islas que estaban en el centro de este lago, para protegerse así de sus enemigos. El único acceso a la ciudad consistía en un angostísimo pavimento edificado desde tierra firme.

Para el cultivo de los vegetales que les servían de alimento, tejían canastas de juncos de tres a cuatro metros cuadrados o aun mayores. Ponían en ellas tierra y las echaban al lago para que flotaran. Crecían las raíces de las plantas, pasaban el lecho de tierra y llegaban hasta el agua en busca de humedad. Así, el lago estaba lleno de esos pequeños huertos.

Los grandes fundadores del México antiguo fueron los toltecas. Ellos edificaron las tres primeras pirámides de Teotihuacán. Cerca de la capital hay también ruinas de construcciones aztecas que constituyeron la última gran civilización mexicana antigua. Ellos gobernaban cuando Hernán Cortés llegó con su pequeño ejército español poco después de 1500 D. de C.

Los aztecas ofrecían miles de sacrificios humanos cada año lo cual no era nuevo en México. Antes de ellos otras civilizaciones, también adoradoras del Sol, durante muchos siglos habían ofrecido víctimas con la idea de aplacar la ira de sus dioses. Los Mayas arrojaban ocasionalmente una virgen a un profundo hueco lleno de agua. Pero fueron los aztecas quienes desarrollaron ese ritual hasta convertirlo en una verdadera orgía de sangre en masa. A través del año tenían establecidas épocas en que ofrecían las víctimas. Pero pronto comprendieron que al paso en que iban marchaban hacia el exterminio de su propio pueblo. Así, pues, se lanzaron a la guerra contra las tribus vecinas a fin de capturar miles de víctimas que luego ofrecían en sacrificio. Al llegar el solsticio de invierno, -el día más corto del año- miles de esos cautivos eran ofrecidos a sus dioses. Los aztecas fueron diligentes estudiantes de los movimientos de los cuerpos celestes, y cuando los rayos solares pasaban por determinado punto, el sacerdote clavaba su puñal de obsidiana en el corazón de la víctima tendida sobre el altar. Luego encendía el fuego sobre el cuerpo todavía caliente de la víctima e imploraba al dios Sol que alargara los días otra vez.





Las antiquísima pirámide de Teotihuacán edificada por los toltecas. Es llamada la Pirámide del Sol. En las cercanías hay otra más pequeña denominada Pirámide de la Luna.



El mercado de Chichicasteñango. En este lugar los vendedores levantan sus puestos dos veces por semana. Centenares de personas acuden para comprar innumerables productos.

Una de las más antiguas deidades de los Toltecas fue la Serpiente emplumada llamada Quetzalcoatl. Mientras observaba las decoraciones talladas en las esculturas consagradas a estos dioses, pensé en la serpiente del Jardín del Edén, -"aquella serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás" (Apocalipsis 20:2)- que tentó a Eva induciéndola a comer la fruta prohibida; y que dijo: "No moriréis" (Génesis 3:4). Aquella serpiente dio origen a la primera rebelión contra Dios. Asoma una y otra vez entre las religiones paganas de Babilonia, Egipto, Asiria, en el culto consagrado a la serpiente, es decir, el culto al diablo. En México fue la serpiente emplumada y voladora. Cuando Dios la maldijo después de su caída, la confinó a arrastrarse sobre la tierra (Génesis 3:14). Dios, hablándole a Satanás, representado por la serpiente, le dice: "Y enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el calcañar" (Génesis 3:15). En estas veintinueve palabras Dios predijo todo el curso de la gran guerra que se libraría entre el diablo y el pueblo de Dios. En el texto citado encontramos por primera vez la promesa de un Redentor, "la semilla de la mujer," que vendría a esta tierra y sería perseguida por la serpiente. Pero en esas palabras el diablo recibió su sentencia de muerte: recibirá una herida mortal en la cabeza, y será final y definitivamente vencido.

La pirámide del Sol es un monumento estupendo que recuerda a una de las pirámides de Egipto. En las cercanías hay una más pequeña que se dedicó al culto a la luna. Estos monumentos levantados por los toltecas son muy antiguos. De hecho, es muy posible que existieran ya cuando Jesús nació en Belén.

Noto que sin darme cuenta me he apartado del verdadero tema de este libro atraído por la fantástica historia del pasado de México.

Esos pueblos antiguos tuvieron grandes astrónomos y desarrollaron una maravillosa precisión en sus calendarios. ¡Ya me salí del tema otra vez!

Las conferencias realizadas en la ciudad de México fueron todo un éxito. El sábado por la mañana estuvimos en un hermoso Auditorio de la Colonia Narvarte.—En México se dice Colonia a un barrio o sección



Roberto Luis Eduardý firmando autógrafos en la ciudad de México.

de la ciudad-. Por la tarde estuvimos en otro salón en la sección llamada Monumento. En ambos lugares hubo un lleno desbordante.

Esa misma noche se realizó el acto más importante de esa fecha en un amplio salón de la Colonia Tacubaya. En cada reunión preguntábamos cuántos de los presentes eran oyentes del programa La Voz de la Esperanza. Sin excepción alguna, en todo lugar casi cada persona levantó la mano para indicar que lo era. Fue una sorpresa extraordinaria para nosotros comprobar este hecho ya que, de acuerdo con la ley de México es prohibida la radiación de programas religiosos. Para poder escucharlo deben sintonizar estaciones de los países limítrofes. Hay un buen número de emisoras que lo transmiten desde la frontera norte de México, en territorio de los Estados Unidos. Una estación de Harlingen, Texas, cubre casi completamente México y desde Guatemala se escucha en todo el sur de México.

Es interesante estudiar a la gente y ver cómo difieren entre país y país, y aun entre secciones del mismo país. Durante el acto realizado en Tacubaya, sobre todo mientras cantábamos, observé al auditorio. No me fue posible notar en los oyentes ninguna señal exterior de interés. Escuchaban con toda atención, pero sus rostros no revelaban sus reacciones. ¡Cuán diferente fue al finalizar la reunión! Un emjambre de personas nos rodeó para expresar su aprecio y mostramos su amistad.

En nuestra última reunión en México ocurrió algo que muy raramente sucede. Un miembro del cuarteto Los Heraldos del Rey enfermó. Muchas veces la gente nos pregunta: "¿Qué hacen cuando uno de ustedes se enferma?" Les respondemos: "Cantamos lo mismo."

En la reunión del sábado por la noche en Tacubaya, notamos que la voz de Roberto Miramontes no sonaba con normalidad. El domingo a las 3 de la tarde, no podía casi hablar. De manera que recurrimos a nuestra música y comenzamos a elegir solos y dúos para reemplazar al cuarteto. Dejamos únicamente dos números de cuarteto en los cuales Roberto Miramontes no tenía una parte prominente y cantamos así aquella noche. Hicimos que se retirara a descansar lo más temprano posible a fin de que se recuperara para la próxima reunión. Afortunadamente no hubo más dificultades de este género. Por supuesto, los oyentes de esa noche no notaron nada anormal. Los que conocíamos el problema éramos nosotros. Pero, había que cantar y cantamos.

El Monasterio Escondido

Febrero 3 - 5:45 A.M.

EN EL PALACIO de Bellas Artes de México hay una extraordinaria cortina de vidrio de aproximadamente 16 m² que pesa miles de toneladas. Es una creación en forma de mosaico hecha con pequeños pedacitos de vidrio incrustado. Se ven en él las cumbres nevadas de dos volcanes. Las nubes azules emergen entre la bruma en el oscuro telón que va iluminándose lentamente. Se van perfilando poco a poco las siluetas de las montañas hasta que finalmente los rayos solares iluminan esplendorosamente sus elevados picos.

Esta mañana, en camino a Puebla hemos contemplado los dos volcanes que antes vimos en el cuadro.

Despuntaba el sol en el oriente cuando salimos de la capital en dirección a Veracruz, con la intención de hacer una corta escala en Puebla. Frente a nosotros, y abriéndose paso hacia el cielo, estaba el volcán Ixtaccihuatl, llamado con buena razón, "La Mujer Dormida." A medida que el sol dibujaba con sus líneas de oro los perfiles del citado volcán comprendimos por qué es llamado "La Mujer Dormida." Hacia la izquierda se ve con toda claridad el perfil de la cabeza con su larga y hermosa cabellera de oro flotando hacia abajo a través de centenares de metros. Hacia la derecha se ve su reclinada figura extendiéndose en larga y grácil inclinación. La base de la montaña tiene la apariencia de sus pies. A unos 20 kilómetros al sur está el simétrico cono del Popocatepetl, llamado "La Montaña que humea." Ambos picos tienen una altura superior a los 5,000 mts. El "Popo," sin embargo, es algo más alto que su "dormida compañera."

Nuestra completamente sinuosa carretera iba hacia el norte para cambiar de rumbo hacia el sur antes de llegar a Puebla, ciudad que se destaca por la fabricación de hermosos objetos de ónix. Los pequeños negocios que lo venden estaban abriendo sus puertas cuando llegamos a la ciudad. Entramos en uno y adquirimos algunos recuerdos que nos fueron enviados directamente a casa ya que no teníamos espacio para llevarlos con nosotros.

A pocos metros del pequeño negocio donde compramos nuestros artículos de ónix, está la entrada al Monasterio Secreto. Era secreto hasta que fue descubierto por la policía mexicana.

Por corto tiempo a mediados del siglo XIX, Napoleón III de Francia, puso sus manos ambiciosas en México y envió a Maximiliano para que fuera su Emperador. Los Estados Unidos de América, ocupados en la Guerra Civil, no pudieron intervenir. Pero no hizo falta. En 1867 México se

levantó contra Maximiliano, que fue ejecutado. En su lugar se nombró a Benito Juárez como Presidente. Durante siglos, México había sido dominado por otros pueblos. Primero fue España. Sus vecinos del norte le habían arrebatado el territorio de Texas y para colmo de males Francia estaba explotando al país.

Finalmente, México se levantó virilmente, terminando la tiranía y estableció su propio gobierno. Además confiscó todas las propiedades de la iglesia hasta entonces oficial. Por esa causa muchas de las actividades de esa iglesia se hicieron en la sombra. Se convirtieron en "movimientos subterráneos." El Monasterio de Puebla fue una de ellas. El frente del edificio parece el de una simple casa. Cuando los que llegaban daban ciertas señales se abría una puerta secreta en el vestíbulo. Por allí se llegaba al claustro. Allí está todavía la cocina donde preparaban sus alimentos, las pequeñas celdas donde vivían, el balcón secreto que desde el monasterio les permitía observar los servicios religiosos mientras la gente de la ciudad ni siquiera sospechaba su existencia. Nuestro guía nos llevó a la cripta donde, muertos ya, descansaban finalmente en el silencio después de haber vivido una vida ya de por sí silenciosa. Allí están aún las paredes con sus cortantes pedazos de vidrios en la parte superior y que tenían el doble propósito de mantener alejados a los de afuera e impedirle que cualquier novicia dispuesta a romper sus votos pudiera huir en el caso de poder escalar las altas paredes.

El Monasterio funcionó en esas condiciones durante 67 años. Finalmente en 1934 la policía descubrió esa actividad clandestina y lo expropió. Hoy es un museo nacional.

Ese mismo día salimos de Puebla hacia el Este, a través de las montañas. Tenía esperanza de contemplar el hermoso volcán Orizaba, pero se hallaba escondido entre las nubes que venían del norte. Continuamos el viaje por tierras extraordinariamente bellas. Las montañas son allí impresionantes. Hermosos valles llenos de verdor se extendían unas veces encima y otras debajo del camino que recorríamos.

Eran las 4:30 p.m. cuando llegamos a Veracruz que está situada sobre el Golfo de México. Es una hermosa ciudad portuaria. Disponíamos de muy poco tiempo, así que recorrimos rápidamente la costa del mar en las afueras de la ciudad. Al regresar nos detuvimos en unos pequeños puestos de fruta y por primera vez en este viaje compramos cocos. De paso, a peso cada uno. Con su machete el vendedor descascaró los cocos. Luego con golpes seguros y rápidos quebró la parte interior, dejando al descubierto una riquísima pulpa tierna y blanca.

La reunión se realizó en el Salón de Actos de un Club de la ciudad. Cuando llegamos a las 7:00 p.m. estaba casi completamente lleno. Ya estaba el programa en marcha y la gente seguía afluyendo. Cuando no hubo más asientos, la gente comenzó a formar filas a lo largo de las pare-

des. Algunos se sentaron en las gradas del escenario. Pero hubo decenas de personas que ni siquiera pudieron entrar.

A la mañana siguiente hubo que empezar la marcha muy temprano, no tanto por la distancia a recorrer, como por la condición en que nos dijeron se hallaba la carretera. Se trataba de sólo 300 kilómetros, pero empleamos un largo día en recorrerlos.

Nadie pudo afeitarse aquella mañana, y fue ese día cuando decidimos dejarnos crecer el bigote. Notamos que un 90% de los hombres en México usan bigote, de manera que decidimos participar del ambiente que nos rodeaba.

Nuestro destino era la ciudad de Villahermosa, situada sobre el pequeño golfo del Estado de Tabasco. La carretera que seguimos es relativamente nueva. Está sobre tierras bajas al sur de las costas del golfo de México, y ningún río tiene todavía puentes. El primer río lo cruzamos frente a la ciudad de Alvarado, que está como a 45 kilómetros de Veracruz. Para hacerlo nos valimos del primero de los varios "ferries" que usamos ese día. Incluyendo el tiempo que esperamos para cruzar los ríos en los "ferries" empleamos seis horas para recorrer apenas 160 kilómetros.

En Coatzacoalcos nos detuvimos a almorzar para luego salir de nuevo hacia Villahermosa. Tuvimos que cruzar tres ríos más valiéndonos del "ferry." Por fin, a las 5 de la tarde llegamos a la ciudad mencionada.

El consabido baño y enseguida a prepararnos para la conferencia y programa de esa noche. A las 6:20, tres del grupo, Lloyd Reile, Pérez Marcio y Roberto Miramontes salieron en busca de algún lugar para cenar antes de la reunión. No habían pasado cinco minutos desde que habían salido cuando llegó un hombre preguntando por nosotros. Parecía muy excitado y trataba de decirnos algo. Hablaba tan rápidamente que con mi escaso conocimiento del español me costaba entenderlo. Finalmente comprendí lo que decía. Habíamos leído en el periódico local, que nuestra reunión sería a las 8 de la noche, de modo que pensábamos que teníamos abundante tiempo. Pero el caballero me aclaró que antes de las 8:00 p.m. teníamos que presentar otro programa a las 7:00 p.m. en otro lugar. Eso significaba que teníamos que encontrar inmediatamente a los que habían salido en busca de cena.

Sabiendo ya la larga ceremonia que significaba cenar en los restaurantes de esos lugares, sabía que llegaríamos tarde si esperaba a que terminaran su cena y regresaran. Así salí a buscarlos con la esperanza de dar con ellos en algún lugar. Anduve de un lado para otro preguntando por los restaurantes. Con mi pobre español y excitado como estaba supongo que resultaba casi imposible entenderme. Por fin di con ellos y casi sin aliento les di la noticia. Dejaron su cena sin terminar y apresuradamente volvimos al hotel.



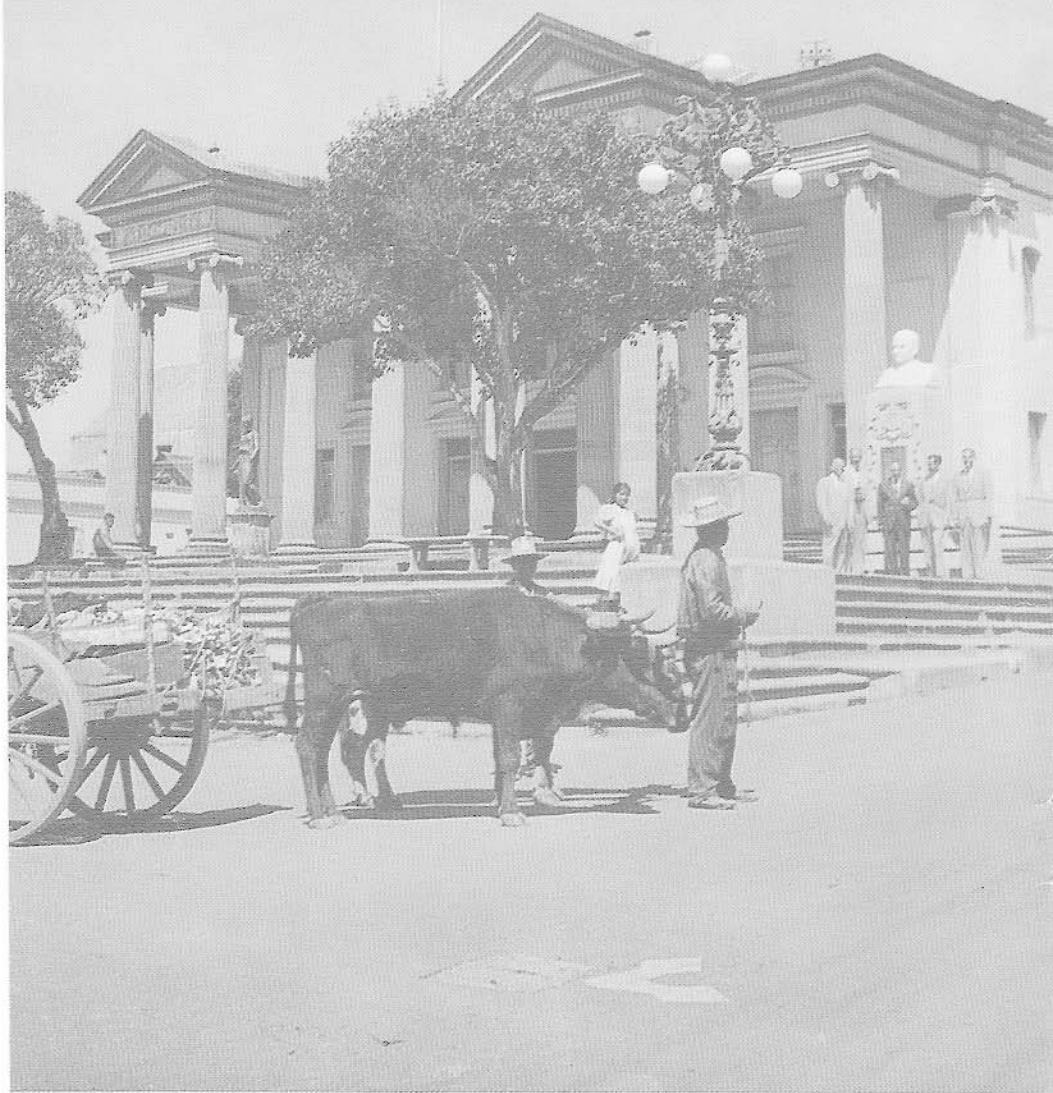
El Cuarteto y un amigo ocasional: el burrito.

Debíamos viajar unos 15 minutos por estrechas y torcidas calles para llegar al sitio de la primera reunión. Llegamos unos minutos tarde y nos costó abrirnos paso entre la gente aglomerada en la entrada. Adentro estaba completamente lleno. Los habitantes de Villahermosa escuchan el programa *La Voz de la Esperanza* desde Guatemala.

Había en aquel pequeño salón por lo menos 600 admiradores de *La Voz de la Esperanza*. Estuvimos allí casi una hora y realizamos nuestro programa. Luego, no sin esfuerzo, salimos entre el gentío hasta el vehículo que nos llevó al Auditorio de la Universidad para el otro acto.

Muchas de las personas que estuvieron en la primera reunión fueron a la Universidad pero no consiguieron donde ubicarse, pues estaba totalmente lleno. Un grupo bien grande se confundió y fueron a otra Universidad que hay en la ciudad, pero finalmente nos encontraron. Me sorprendió el hecho de que hubiera dos universidades en esa ciudad. El Auditorio de la Universidad en que estuvimos es hermoso y amplio. No obstante, centenares de personas tuvieron que permanecer de pie por falta de asiento.

El rector de la Universidad abrió el acto y nos dio una calurosa bienvenida. Ocupó un asiento entre otros profesores al lado izquierdo del escenario y escuchó con vivo interés la palabra del Profesor Braulio Pérez Marcio.



El Profesor Pérez Marcio y "Los Heraldos del Rey" frente al Teatro Nacional de Quezaltenango. Muchos centenares de personas escucharon esa noche a los visitantes.



El Profesor Pérez Marcio, conversa con un alumno de la Escuela Radiopostal por quien fue reconocido, en las gradas de la iglesia de Chichicastenango. Aquel día este alumno inscribió a varios de sus amigos en nuestro curso.

Esperanza

EN LA REUNION de la noche anterior conocimos a dos jóvenes de la pequeña ciudad llamada Esperanza. Nos rogaron que pasásemos por su pueblo en nuestro viaje de regreso a Minatitlán. "Todo está preparado y los esperan," dijeron. A continuación agregaron: "Queda ahí no más, cerquita del camino. Por favor vengan." ¿Qué podíamos responderles?

La próxima cita en nuestro itinerario debía cumplirse en Minatitlán que quedaba en el camino que habíamos recorrido el día anterior. El viaje a Esperanza sería un desvío de nuestro camino.

Cuando al fin, terminamos de cruzar todos los "ferries" que había en el camino que llevaba a la pequeña "Villa de Esperanza" eran ya las 10:30 de la mañana. Estabamos casi disgustados con nosotros mismos por haber aceptado este compromiso extra. Viajamos y viajamos por un camino de huellas hondas y lleno de hoyos.

¡El lugar estaba repleto! Todo el espacio de que se disponía estaba ocupado. Era más fácil calcular el número de los asistentes calculando por metro cuadrado que contar las personas. Muchos caminaron largas distancias para asistir al acto.



—Que locura hicimos al aceptar esta invitación, —decíamos entre nosotros— Cuando llegemos allá será tan tarde que la gente se habrá ido a casa.

Después de media hora de barquinazos por aquel camino polvoriento, vimos algo raro allá hacia adelante en el camino. A medida que nos acercábamos podíamos ver más claramente grupos de gente moviéndose aquí y allá. Primero pensamos que allí había ocurrido un accidente. Pero entonces notamos un edificio como de una iglesia al lado del camino rodeado de casitas hechas de barro y paja. La muchedumbre afuera se componía de hombres y jóvenes. Había varios centenares. ¿Es que esta vez nuestro auditorio se compondría de sólo hombre, jóvenes y niños? Cuando nos apartamos del camino y entramos al lugar donde estaba el edificio, la multitud rodeó el vehículo. Nos bajamos y miramos dentro del edificio. Allí estaban las señoras, señoritas y niñas. Muchas de ellas habían estado sentadas en aquel lugar desde las 7 de la mañana. El pequeño edificio tenía capacidad para 300 asientos más o menos, y todos estaban ocupados. Los pasillos estaban también completamente repletos de personas que permanecían de pie. Entramos en el edificio, y entonces, todos los hombres y jóvenes que habían estado en el camino y en el patio, empujando, trataron de entrar también. Aquellos que no pudieron hacerlo permanecieron de pie al lado de las ventanas o se apiñaron cerca de las puertas.

Los miembros del Cuarteto teníamos un plan para calcular el número de asistentes. Sin consultar a los demás cada uno calculaba tan exactamente como le era posible, el número de personas presentes. Cuando el cálculo había terminado, comparábamos las cifras para ver cuán cerca estábamos los unos de los otros. En esta ocasión todo convinimos unánimemente de que había aproximadamente 900 personas.

Cantamos seis o siete himnos y el Profesor Pérez Marcio comenzó su discurso. Mientras él hablaba noté una niña menudita que estaba de pie en el pasillo a la altura de la primera fila. Los párpados tendían a cerrarsele y comenzó a dormir. Muy pronto se durmió profundamente. Pero no cayó al suelo. No podía. La gente estaba tan apiñada a su alrededor que le impedían caerse.

Inmediatamente después de la reunión, Juan Antonio Díaz salió por la puerta de atrás para alistar su cámara movible al lado del camino y tomar así al gentío que salía del local. No bien se hubo ubicado cuando fue rodeado por un grupo de muchachitos curiosos que hasta que salimos de allí no lo dejaron ni a sol ni a sombra.

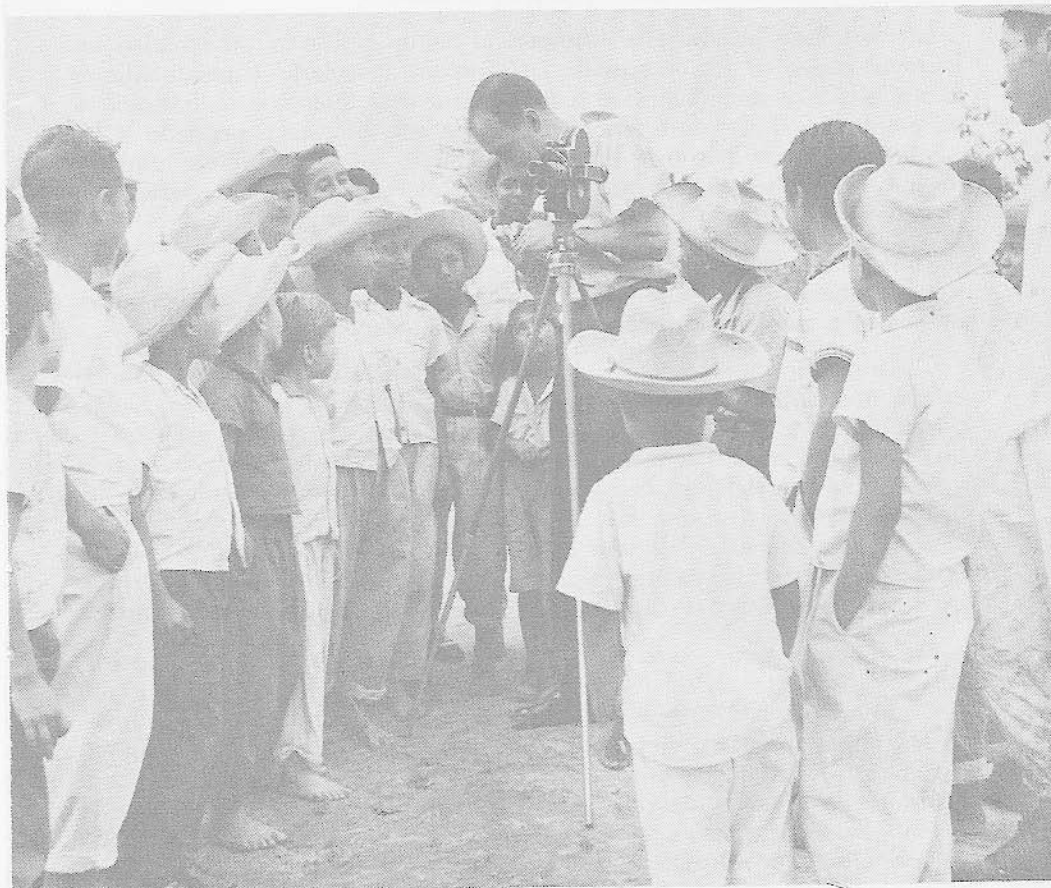
Se nos informó que muchas de aquellas personas habían hecho sacrificio tras sacrificio para poder comprar un aparato de radio con el propósito de escuchar *una vez por semana* La Voz de la Esperanza.

Mientras viajábamos hacia la carretera central, nadie se quejó del ca-

mino, aunque había tantos huecos y tanto polvo como un rato antes. Nos pareció, por el contrario, que esta cita era una de las más interesantes del viaje.

En el preciso momento en que llegábamos a Minatitlán a las 4:15 de la tarde, un amigo nuestro residente en la ciudad nos avisó que habían hecho arreglos para que radiáramos un programa a las cinco de la tarde. De modo que descargamos con rapidez nuestro equipaje y nos apresuramos para estar listos. Traté de bañarme en la lluvia que estaba en

Un grupo de niños observa con interés a Juan Antonio Díaz cuando éste ejecuta su juego favorito que da la impresión de que se arranca el pulgar.



medio del baño, pero no había rejilla en el desagüe, y el desagüe mismo no funcionaba bien de modo que muy pronto el agua empezó a salir del baño y a entrar en la habitación. Traté de hacer una especie de dique con una toalla, pero todo resultó inútil. Demás está decir que ese día el baño resultó un poco accidentado.

Como a las 4:45 p.m. el señor Lloyd Reile vino para decirnos que el programa radial había sido cancelado y que en cambio, debíamos realizar dos reuniones esa noche. La primera a las 7:00 en Minatitlán, y la segunda en Coatzacoalcos, ciudad ubicada a unos 25 kilómetros de la anterior, a las 8:30. La cancelación del programa por radio nos permitió cenar. (Lo clásico allí: arroz y frijoles o porotos)

Cuando llegó la hora nos dirigimos al Salón Auditorio, en realidad un hermoso teatro de los obreros de la Compañía Petrolera. Cuando salimos al escenario contemplamos el salón. Otra vez, teníamos ante nosotros un amplio lugar compacto de gente. Cada asiento estaba ocupado y los pasillos llenos de personas de pie. Ancianos, jóvenes y niños; mujeres jóvenes con bebés en sus brazos, todos estuvieron allí de pie durante el programa. La Voz de la Esperanza significa mucho para ellos.

Tan pronto como hubimos finalizado nuestra reunión allí, salimos inmediatamente hacia el auto para viajar a Coatzacoalcos. Eran las nueve de la noche cuando empezamos nuestro programa allí.

Cerca del fin de la reunión, al tiempo en que el Profesor Pérez Marcio estaba invitando a la concurrencia para inscribirse en la Escuela Radiopostal, oímos a la distancia la música marcial de una banda del ejército que se aproximaba hacia donde estábamos. Se acercaban más y más y los ritmos marciales se hacían más vibrantes. Pasaron exactamente debajo de nuestras ventanas con redobles de tambor y agudas clarinadas. Cuando esto sucedía podía ver el movimiento de los labios del Profesor Pérez Marcio, pero las palabras se perdieron. Finalmente tambores y clarines se desvanecieron en la distancia y pudimos continuar nuestra reunión.

Era bastante tarde cuando, comenzamos el regreso a Minatitlán donde estaba nuestro hotel. Viajábamos suavemente, las luces del auto abrían una brecha entre las tinieblas que estaban delante. Repentinamente una oscura sombra saltó ante nosotros. Era un caballo. Lloyd Reile hizo chillar los frenos y el caballo saltó hacia un costado, pero el guardafango derecho del frente lo embistió. Me hallaba sentado en el asiento del centro hacia el lado derecho cerca de la puerta. Cuando comprendí lo que sucedía, al momento pensé que el pobre caballo iba a sentarse en mí regazo. Su costado izquierdo rozó mi puerta. Nos detuvimos y pronto se juntaron varios curiosos. Encendimos nuestra linterna e iluminamos alrededor hasta que descubrimos al animal parado en un arroyo que pasaba debajo de la carretera. Una persona de las que se habían detenido nos dijo que él había atropellado al mismo caballo

la semana anterior. Afirmó de que al dueño del caballo se le había dado aviso de mantenerlo fuera del peligro de la carretera, de modo que no debíamos preocuparnos y que podíamos marcharnos tranquilos.

Cuando inspeccionamos los daños sufridos por el auto, encontramos el farol de la derecha hecho pedazos, el guardafango completamente torcido y además, la puerta trasera de la derecha había quedado hundida con el golpe. Mientras proseguíamos la marcha nos sentimos tristes por el pobre caballo que debía curarse por sí sólo las heridas que había sufrido.

Era muy tarde cuando llegamos a nuestros cuartos en el hotel.

Estaba lloviendo y era todavía de noche cuando salimos la siguiente mañana. Habíamos recorrido unos pocos kilómetros cuando nos detuvimos en el pueblo de Acayucán para desayunar. Allí cerca había un mercado y como vi naranjas baratísimas, a un centavo cada una, pensando hacer un buen negocio compré una buena cantidad. Cuando traté de comer la primera comprendí que el negocio que había hecho no había sido tan bueno. Eran sólo pulpa sin jugo. Y en cuanto al sabor. . .

Al salir del pueblo, nos pareció que el camino era muy malo. Algunos kilómetros más adelante terminaba en las vías de un ferrocarril. Detenidos allí, nos llamamos a consulta general y establecimos que nos habíamos equivocado de camino.

Las carreteras están marcadas muy raras veces allí. Uno debe valerse de las informaciones que recibe preguntando aquí y allá. Sin embargo, muchas veces se viaja sin estar uno seguro de que está en el camino que debe.

Retrocedimos hasta Acayucán y encontramos el camino correcto. Nos dirigimos entonces directamente al sur a través de la parte más angosta de México, esto es, el Istmo de Tehuantepec. Algunos ingenieros han considerado la posibilidad de cortar allí un canal interoceánico a través de sus 160 kilómetros de anchura. Sería un magnífico proyecto. Tan pronto como pasamos del Norte al Sur el clima cambió drásticamente. El Norte era húmedo y tropical. En el Sur encontramos un clima despejado y seco, propio del desierto.

Llegamos a la carretera Panamericana en la costa del Sur, y tomamos hacia el Este, dirigiéndonos hacia Tuxtla Gutiérrez, capital del Estado de Chiapas. Tuxtla sería nuestro centro de operaciones durante los próximos días, pero no tuvimos reunión nuestra primera noche allí. Paramos en un magnífico hotel y fue una noche de descanso que nos hacía falta.

El Joven que Cambió de Idea

Febrero 7

Ayer, mientras viajábamos, sentado en el asiento de atrás del auto con el profesor Pérez Marcio, le pregunté: "Profesor ¿siempre ha sido usted creyente?"

A lo que respondió: "No, Roberto, no siempre lo he sido. Era yo un niño cuando mi padre y mi madre emigraron a la Argentina desde España. . . ."

Braulio, acostado en su cama y con los ojos fijos en la oscuridad, no conciliaba el sueño. ¿Qué le ocurría? Tenía 17 años y gozaba de una salud a toda prueba. ¿Cuál sería la razón por la cual el sueño huía de sus párpados? Automáticamente su mente repasaba los acontecimientos tratando de encontrar en qué estribaba la dificultad.

Todo empezó, suponía él, cuando aquellos "raros" vecinos invitaron a su madre a acompañarles a su lugar de culto. Antes de que esto ocurriera todo marchaba con normalidad. Muy ocasionalmente la familia asistía a la iglesia con motivo de algún casamiento o bautismo y esto parecía ser suficiente religión para Braulio. ¿Habría ventaja alguna en asistir con más frecuencia? La familia entera y unida participaba de los mismos intereses. Entonces aparecieron en su vida dos familias vecinas de apellido Opegard la una, y Williams la otra. Llegaron con la invitación de que fueran con ellos a su iglesia. La madre de Braulio fue la primera en aceptar la invitación, para no hacerles un desaire. Había llevado consigo a los hijos menores, Esmeraldo y Manuel. Quiso llevar también a Braulio, pero éste se negó a ir.

Su madre era así. Lo invitaba, pero no exigía ni provocaba escena alguna. Pero Braulio en su interior se sintió molesto por el desaire que le hacía a su madre. Cuando ésta ya salía, se dio vuelta y le dijo: "Braulio, ¿estás seguro de que no tienes deseos de ir con nosotros esta mañana?"

-Claro que estoy seguro, mamá. Otra vez iré.

Esta para ellos nueva iglesia daba mucha importancia al estudio de la Biblia. Todo lo que leían en ella lo aceptaban como verdad y lo cumplían.

Había pasado sólo un corto tiempo desde que Isabel, la única hermanita, había pasado al descanso. Los corazones de todos estaban quebrantados por esta irreparable pérdida. La casa estaba completamente vacía sin el natural e inquieto ir y venir de los picceccitos que antes corrían de habitación en habitación. Las pequeñas y activas manos que todo lo tocaban habían desaparecido. Se había ido y su ausencia había

dejado un vacío doloroso en los corazones de todos los miembros de la familia.

La madre parecía hallar consuelo en su nueva iglesia y en las preciosas promesas de su Biblia. La leía y volvía a leerla subrayando especialmente las promesas de la resurrección. Braulio solía observarla mientras lo hacía y no podía sino notar la paz y el gozo que expresaba en su rostro como resultado de esta lectura. Al observarla comprendía que estaba pensando en la hijita que había perdido.

Dos o tres veces por semana unos y otros lo invitaban a asistir a alguna reunión en la iglesia. Y comenzó una vez más a meditar: "Tendré que hallar alguna manera de terminar con todo esto de una vez por todas. Tal vez, -pensó medio dormido- si voy aunque sea una vez, me dejarán en paz."

Braulio estudiaba y trabajaba en una farmacia propiedad de un próspero farmacéutico que era ya dueño de varios establecimientos de esa naturaleza en la ciudad de Buenos Aires. Al día disuiente fue a la farmacia como era su costumbre. El señor Galvagni apreciaba la mente despierta de Braulio y su gentil manera de atender a los clientes. Aquel día le dijo: "Braulio, tengo un plan que tal vez no debiera decirte aún porque eres joven y podrías caer en el defecto de la vanidad y dejarías de ser un buen empleado, pero me parece que no corres peligro. Tengo tanta confianza en ti, como si fueras mi propio hijo. Tú sabes que tengo varias farmacias. El año que viene tendrás 18 años, ¿verdad? No son muchos años para manejar un negocio, pero yo sé que tú podrás hacerlo."

Mientras trabajaba aquel día, Braulio pensó acerca de esto. Le gustaba su trabajo y tenía un grato futuro ante él. Le agradaba muchísimo el señor Galvagni, y le gustaba sobremanera el ambiente del laboratorio. Indudablemente había elegido una buena profesión.

Aquella tarde cuando llegó a su casa, su madre lo recibió en la puerta.

-Braulio, -le dijo- ¿podrás acompañar a Esmeraldo y a Manuel esta noche? Me desagrada verlos irse solos hasta la iglesia.

Iba a excusarse de alguna manera, cuando pensó en su resolución de la noche anterior. Apretó los labios y sonrió para sus adentros, primero por la pequeña trampa que veía en aquel pedido de su madre, y luego, por el plan que se proponía efectuar. Sin dejar traslucir sus pensamientos, respondió:

-Está bien, voy a ir esta noche con ellos para "protegerlos."

Así le daba a entender a su madre que veía su inocente maniobra. Claro está, sus hermanos no necesitaban protección alguna. Lo cierto es que ahora él mismo deseaba ir esa noche con ellos. Quería demostrarse a sí mismo que esa religión era simple fanatismo y que carecía de toda base.

Al asistir, hallaría hechos con que probar su opinión y con que combatir ese "fanatismo."

La reunión ya había comenzado cuando los tres muchachos llegaron. Se sentaron y Braulio se volvió "todo oídos."

El que dirigía el acto estaba presentando al orador de esa noche. ¿Cuál era su nombre? Fayard, -sí, el hoy conocido escritor Marcelo I. Fayard. Braulio se inclinó sobre su asiento y sacó una libretita de su bolsillo. El señor Fayard empezó a hablar. Después de haber escuchado por unos instantes comprendió que no era precisamente eso lo que había esperado oír. Este señor Fayard no era un novicio. Parecía saber de qué estaba hablando. Así que después de unos minutos, Braulio, silenciosamente cerró su libreta y la guardó en su bolsillo. Presintió que no tendría ninguna cosa criticable que anotar.

El tiempo transcurrió rápidamente y sin que se sintiera pasar. El señor Fayard terminó su discurso y la reunión concluyó.

Mientras volvía a casa aquella noche, Braulio se mantuvo silencioso. Hablaban sus hermanos, pero él callaba. ¡Qué sorpresa había recibido! El hombre a quien había escuchado había hablado con equilibrio y lógica. No era un vociferante y fanático predicador. Y se dijo a sí mismo: "Me gustaría oírlo otra vez. No es que esté interesado en lo que dijo, pero quisiera volver a escucharlo."

Pasaron varias semanas antes de que se dejara persuadir una vez más de volver al mismo lugar de reuniones. De nuevo descubrió que le agradaba lo que oía y el ambiente que allí reinaba. Pero eso no impidió que mantuviera su voluntaria oposición.

Una noche, varias semanas más tarde, el anciano predicador, Don Luis A. Rojas se le acercó:

-Braulio, -le dijo- será un gran placer para mí si pudiera venir a mi casa en alguna oportunidad. Podríamos conversar y estudiar la Biblia juntos, ¿cree que podría hacerlo?

-Supongo que sí, señor Rojas, -respondió el interrogado-. Con mucho gusto.

A Braulio le resultó claro ver la mano de su madre detrás de esa invitación.

-¿Qué le parece el lunes próximo por la noche?

-Está bien -respondió Braulio- allí estaré.

Cuando el lunes por la noche fue a la casa del señor Rojas había formulado su plan de combate. Reconocía su ignorancia acerca de la Biblia, pero, aunque joven, había leído mucho y tenía ideas que él creía definidas y una más o menos correcta filosofía de la vida. Lo cierto es que se proponía poner en apuros al buen predicador. Hasta cierto punto lo consiguió. Con habilidad desvió la conversación hasta llevarla a terrenos que le eran conocidos para tratar de imponer sus propias ideas.

Al fin de aquel "estudio bíblico" el predicador no había hecho progreso alguno. Convinieron en volver a reunirse una semana después, cosa que hicieron con el mismo resultado. Esto se repitió varias veces.

Una noche al llegar a la casa del predicador se sorprendió al hallar allí a otra persona.

—Braulio, -dijo el predicador-. Le presento un amigo mío, el señor Marcelo I. Fayard.

"Otra vez Fayard, -pensó Braulio-. La batalla será más difícil esta noche."

—Me alegro de conocerle, señor Fayard, -dijo en voz alta.

Comenzó el estudio, pero de una u otra forma, tampoco se llegó muy lejos esa noche. Y así ocurrió en ocasiones posteriores en que los tres volvieron a reunirse. No resultaba fácil ponerse de acuerdo. Por fin una noche después de uno de esos aparentemente improductivos estudios, cuando Braulio se preparaba para despedirse el señor Rojas dijo:

—Hemos dedicado mucho tiempo a conversar y discutir algunos puntos. Ahora debemos orar. Nos arrodillaremos y oraremos los tres. Primero yo, luego el señor Fayard y por fin usted, Braulio.

—¡Orar! No -tartamudeó Braulio-. Yo no puedo hacerlo.

—No importa, Dios le ayudará.

A Braulio no le quedó más remedio que arrodillarse cuando los demás lo hicieron. Oró primero el señor Rojas. Le hablaba a Dios como si fuera un amigo, un amigo querido e íntimo. Luego oró el señor Fayard. ¡Qué intenso y extraño momento estaba viviendo Braulio! Ahora le tocaba orar a él, pero ¿cómo podría hacerlo? Jamás lo había hecho antes. Además sus ideas . . . su filosofía. . . . El silencio de la espera se hacía cada vez más intenso.

De pronto, sin poder explicarse cómo, rompió a orar. ¿Qué dijo? No lo recordó jamás. Pero sin duda en el cielo los ángeles cesaron sus cantos y plegaron sus alas reverentemente. Y el Señor escuchó esa oración.

Cuando se levantaron después de la oración, Braulio era como otra persona. Comprendió que su oposición a Dios había terminado. Había sido vencido. Con todo, sentía bullir en su corazón un raro y extraño sentimiento de felicidad.

Sin decir palabra alguna, salió de la casa. Ya afuera en la oscuridad y acariciado por la brisa nocturna, se sentía como impelido a saltar y gritar. Recorrió sin detenerse la distancia que había entre la casa del predicador y la suya.

Lágrimas de alegría corrieron por las mejillas de su madre cuando ella y los demás comprendieron que algo se había desmoronado dentro de Braulio y que era otro hombre con Dios en el corazón.

Ciudad de Las Flores

Febrero 7 - 6:00 A.M.

ERA mi propósito dormir hasta las nueve de la mañana. Pero el corneta de la prisión que está al otro lado de la calle tenía otros planes. Muy temprano, acostado aún tuve que escuchar el estridente sonido de su clarín en una versión de Reveille, sin duda muy personal del ejecutante. En el momento en que el corneta iba a alcanzar un sol sostenido, un gallo que cantaba a la distancia, se le unió en la misma nota. Ignoro si fue simple coincidencia, o si el gallo aquel poseía habilidad musical. De una cosa si estoy seguro, esto es, que el corneta no era músico. . .

Tomamos parte activa en las reuniones programadas para el día. El Cuarteto fue invitado a almorzar en casa de un joven matrimonio y allá fuimos con gusto.

Ambos esposos hablaban muy poco inglés, de manera que resultó divertido el esfuerzo que todos hacíamos para tratar de entendernos. Hacíamos una extraña mezcla de inglés y español hasta llegar a un punto en que la confusión era tal que ya no era posible entenderse. El único escape entonces era la risa. Es sorprendente notar cuánto español se puede aprender en una tarde como esta. La confusa articulación de los sonidos empieza a tener sentido aquí y allá. Son como los rayitos de luz que en la obscuridad atraviesan un telón oscuro. Poco a poco, los rayos de luz se confunden en uno solo y comienza a verse con claridad.

Nuestra gran reunión aquella noche en Tuxtla Gutiérrez se efectuó en el Coliseo, que es el salón más grande de la ciudad. En ese lugar se efectúan también los combates de box, naturalmente, la plataforma está en el centro del gran salón con asientos para el público alrededor.

Roberto Miramontes, nuestro segundo tenor, a quien en tiempos preteritos solía gustarle ese deporte, sin duda se sentía a gusto de pie en aquel cuadrilátero. Aunque el estar tendido allí cuan largo es, hubiese sido una posición más natural . . . y familiar para él.

El Ministro de Educación del Estado de Chiapas, que estaba entre los concurrentes, al terminar la reunión se adelantó hacia nosotros y nos fue presentado.

El domingo a las 6:55 de la mañana, el señor C. R. Valenzuela, nuestro representante en el Estado de Chiapas, vino al hotel a buscarnos. El señor Valenzuela es un hombre de elevada estatura, amigable y alegre. Con él íbamos a salir ese día, siendo que Lloyd Reile había llevado nuestro auto a un garage de la localidad para que repararan los daños ocasionados por el caballo de Minatitlán. El vehículo del señor Valen-

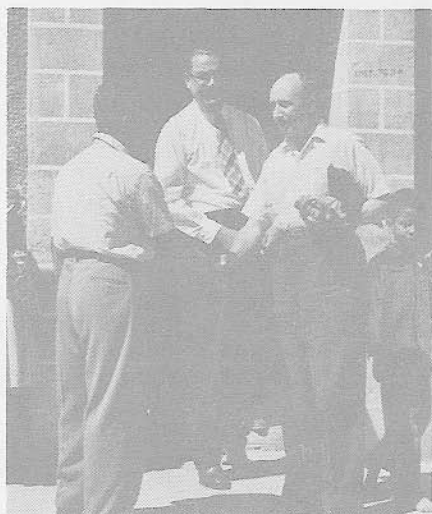


Una carreta que pasa por la calle en Villa Flores, México, atrae el interés de Juan Antonio Díaz.

zuela era una camioneta "International" con resortes y ruedas de camión. Diez personas, incluyendo al Profesor Pérez Marcio y al cuarteto salimos de Tuxtla esa mañana con destino a la pequeña población de Villa Flores que está a 90 kilómetros al sur de la carretera Panamericana. Este fue un viaje agradable por el panorama, pero incómodísimo por lo malo del camino en ciertos trechos. Durante tres largas horas la camioneta se sacudió interminablemente con frecuentes "crescendos" que culminaban en formidables barquinazos. A veces nos parecía que las ruedas de la camioneta tenían forma octagonal. Al llegar por fin a Villa Flores y descender de la camioneta, nos sentíamos tambaleantes como marineros que llegaban a puerto después de seis meses de mar abierto.

Villa Flores es una pequeña y pintoresca villa, con la plaza central típica de las poblaciones latinoamericanas. La plaza es el centro social de la población, especialmente al caer la tarde. Los adultos van allí para charlar con los "compadres" e intercambiar las últimas o, a falta de éstas, las antiguas novedades. Las señoritas y los jóvenes se pasean alrededor de la plaza dirigiéndose miradas ruborosas y a veces enamoradas.

Nuestra conferencia debía realizarse a las 11:00 de la mañana. Nos cambiamos de ropa y nos dirigimos al Cine Esperanza. Había allí dentro varios centenares de personas, pero por el ruido que hacían parecían varios miles. En Villa Flores parece haber grandes centenares de niños y son notablemente bulliciosos. Pero esto no parece molestar a los adultos. Estos durante todo el acto parecieron estar como extasiados sin que les molestara el tremendo ruido de los menores. Esa mañana observé a muchas madres que con sus bebés en los brazos escuchaban al



El Sr. C. R. Valenzuela (centro) sonríe mientras el Prof. Pérez Marcio saluda a nuestro representante en Villa Flores.

Profesor Braulio Pérez Marcio como arrobadas sin prestar la menor atención al llanto de los niños que tenían en los brazos.

La acústica del salón llevaba todo aquel cúmulo de sonidos en poderosas ondas hacia la plataforma. Yo compadecía al Profesor Pérez Marcio pero esto no le impidió terminar adecuadamente su discurso.

Después del acto salimos y nos encontramos con la caricia de un maravilloso y resplandeciente sol. Nos pusimos enseguida en marcha hacia la casa de unos amigos quienes nos ofrecieron un verdadero banquete. Mientras caminábamos por las calles, noté el estilo peculiar de la arquitectura que da a las ciudades mexicanas un aspecto "diferente" y propio.

Las paredes de las casas llegan hasta la calle misma y son una sólida y Las paredes de las casas llegan hasta la calle misma y son una sólida y continuada pared tan larga, a veces, como la población misma. Al observar estas casas se recibe la impresión de austeridad y reserva y de que no es fácil el acceso a ellas. Sin embargo, cuando se traspasa el umbral de la puerta uno es recibido tan calurosa, amigable y placenteramente que uno se siente invitado a permanecer allí indefinidamente. Generalmente se entra primero a la sala, más allá de la cual hay un pequeño y soleado patio. Nosotros tenemos nuestras casas en medio del patio, ellos tiene sus patios en medio de la casa, con todos los cuartos alrededor del pequeño patio.

A las 2 de la tarde subimos todos a la camioneta y comenzamos el regreso por el mismo camino que describimos antes y que en nada había mejorado todavía.

Se aproximaba ya la noche cuando al dar la vuelta a una montaña, allá abajo en el caluroso valle apareció la ya para nosotros familiar ciudad de Tuxtla Gutiérrez. ¡Qué hermoso cuadro! Pedí que pararan a fin de captar con mi cámara aquella mágica escena.

Antorchas a Media Noche

Febrero 9

TAMBIEN salimos hoy de Tuxtla Gutiérrez, pero en dirección opuesta a la de ayer. Nos dirigimos a un lugar llamado Pueblo Nuevo en cuyas proximidades está la Academia de Linda Vista.

Esperábamos realizar una reunión en Pueblo Nuevo a las 11 de la mañana, visitaríamos la mencionada Academia y regresaríamos a Tuxtla por la tarde, pues a las 8 de la noche debíamos presentar un programa en una estación de radio. Ese era el plan, pero . . .

Nos dicen que la distancia hasta Pueblo Nuevo desde Tuxtla Gutiérrez es treinta kilómetros más larga que la que recorrimos el día anterior hasta Villa Flores.

El señor Valenzuela llegó exactamente a las siete de la mañana para buscarnos con la misma camioneta del día anterior. Viajamos unos 30 kilómetros hacia el Este siguiendo la carretera Panamericana y luego doblamos hacia el norte por una polvorienta carretera que viboreaba continuamente al subir de los valles a las montañas y al bajar de las montañas a los valles. Al pie de una montaña estaba la Villa de San Miguelito, acerca de la cual la gente cuenta una extraña historia. En ese pueblo vive un hombre que posee una pequeña imagen que al decir de todos ellos "habla." De todas partes la gente va a ella para consultarla.

Un vendedor de libros cristianos fue a San Miguelito y ofreció su libro al dueño de esa imagen. Este preguntó a su imagen si debía comprarlo o no. La imagen respondió afirmativamente. Así que compró el libro. Divulgado este hecho entre los moradores de ese lugar, devotos incondicionales de la imagen, todos compraron su correspondiente ejemplar de aquel libro. Se cuentan muchas otras cosas interesantes que omitimos en honor a la brevedad. Por nuestra parte a quien admiramos es al dueño de la imagen.

Eran las 10:30 cuando entramos en los terrenos de la Academia. Estábamos preparándonos para cambiarnos de ropa y volar a Pueblo Nuevo para llegar a tiempo a nuestra cita allí, cuando nos dijo el señor Christie:

—No se apuren. Todo se ha cambiado, el programa se efectuará a las ocho de la noche.

—¡A las ocho de la noche! -replicó Reile. No podemos esperar hasta esa hora. Tenemos que regresar a Tuxtla Gutiérrez a tiempo para empezar nuestro programa por radio precisamente a las ocho de la noche.

—Pues bien, escuchen ustedes, por favor, -continuó impasible el señor



Eduardo Lima Fuentes examina la vieja capilla hecha de adobes de la Academia de Linda Vista.

Christie- no hay otra alternativa. Hemos enviado a los estudiantes para invitar a cada persona en este pueblo, y si ustedes se van será un chasco desastroso.

Consulta va, consulta viene, unos que si, otros que no, por fin decidimos quedar.

Después del almuerzo, el señor Reile en uno de los autos de la Academia volvió a Tuxtla para hacer un nuevo arreglo con la estación de radio.

El almuerzo fue delicioso. La Academia tiene una huerta que produce gran cantidad de sabrosos vegetales. ¡Una verdadera fiesta! Muchos revendedores compran esos productos para los mercados de Tuxtla Gutiérrez.

El cambio de planes nos permitió un respiro en nuestro intenso itinerario. Lo aprovechamos para recorrer los fértiles y hermosos terrenos de la Academia en los cuales abundan los manantiales.

No hay corriente eléctrica en Pueblo Nuevo, así que después de la cena algunos de los empleados de la Academia engancharon una planta eléc-

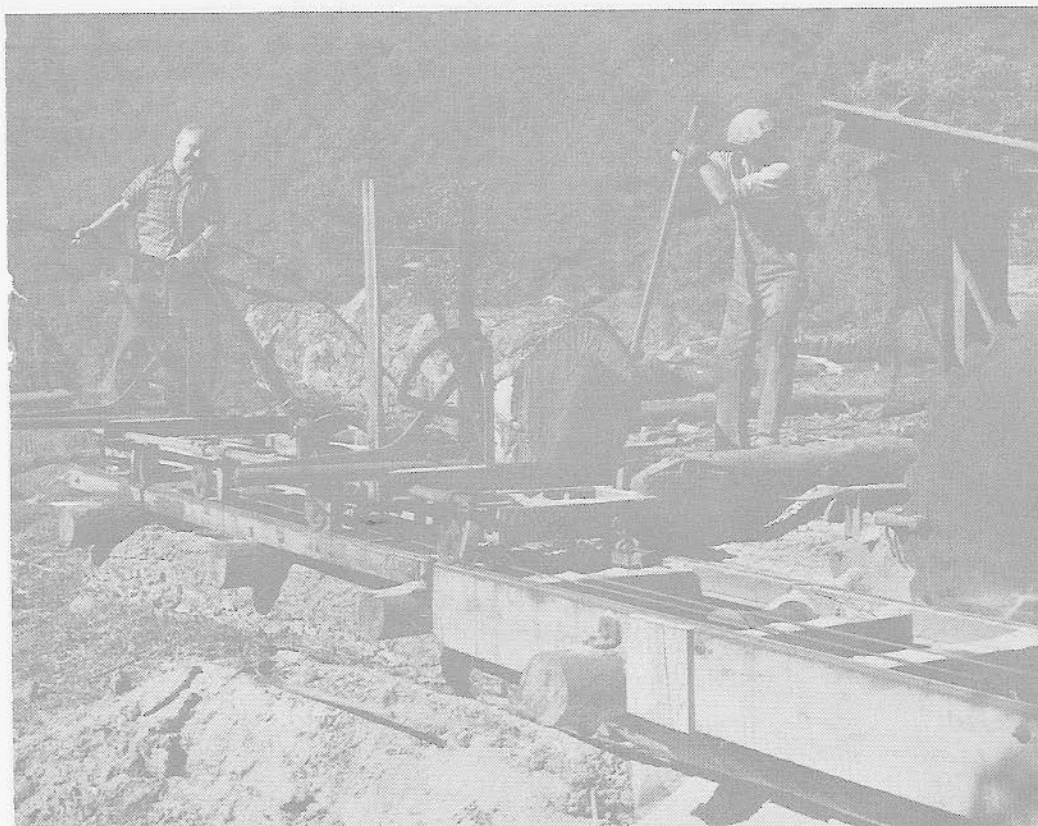
trica portátil al camión, y la llevaron a la ciudad. La ubicaron en la Escuela en cuyo salón de Actos íbamos a tener el programa. La iluminación fue perfecta. Cuando nosotros llegamos hallamos el salón, relativamente pequeño, repleto de gente. Había dentro más de cuatrocientas personas y muchísimas más afuera que no podían entrar.

El interés demostrado por la concurrencia en cuanto hacíamos o decíamos fue extraordinario. Muchos se inscribieron en nuestros cursos por correspondencia.

A las 9:35 subimos a la camioneta y salimos de regreso a Tuxtla. Tres jóvenes vecinos de la Academia le pidieron al señor Valenzuela para que los llevara a Tuxtla, así que fuimos nueve pasajeros para el "International."

Era casi media noche cuando llegamos a un pueblecito situado entre las montañas. Todo el mundo dormía. No había luces. Ni un alma parecía haber allí. El señor Valenzuela detuvo el vehículo en una oscura esquina. "Necesitamos gasolina," -dijo en un inglés muy "sui-generis."

Roberto Miramontes ayuda al Sr. Cristy a colocar un tronco en la sierra en Linda Vista.



¡Gasolina! . . . Miramos alrededor, pero no vimos dónde podría conseguirse. Salimos todos de la camioneta y tratamos de empujarla. Pero todo esfuerzo resultó inútil. No se movía. Mientras Valenzuela trataba de despertar a alguien, nosotros nos mirábamos unos a otros. Como a una cuadra de donde estábamos vimos que empezaba a juntarse un grupo de gente frente a la iglesia principal. Cada uno llevaba una antorcha en la mano. Parecían estar desarrollando algún ritual porque las antorchas se movían formando extrañas figuras, mientras los portadores danzaban. Abrimos la puerta y escuchamos. El misterioso lamento de una flauta y un monótono batir de tambor acompañaba la ceremonia.

De pronto, todos ellos bajaron de las gradas de la iglesia en dirección a la calle. Allí dieron vuelta hacia la izquierda y se encaminaron directamente hacia donde estaba nuestro auto. Mientras se aproximaban cantaban rítmicamente.

—Cierren bien las puertas, -dijo el profesor Pérez Marcio.

Juan Antonio Díaz la cerró y todos permanecemos sentados esperando. A medida que el grupo se acercaba, ayudados por la luz de las antorchas, vimos que eran hombres y jovencitos. No tuvimos ocasión de comprobar si estaban ebrios o no. Lo único que podíamos hacer era permanecer allí e imaginar qué haríamos si aquellos cincuenta hombres arremetieran contra nuestra camioneta. Cuando los que encabezaban el grupo estuvieron a dos o tres metros del auto, parecieron vacilar, entonces cambiaron de rumbo y se alejaron por otra estrecha y polvorienta calle. Se detuvieron en la próxima esquina, hicieron un círculo y comenzaron de nuevo su iluminada danza. Supimos más tarde que esta ceremonia o ritual estaba relacionada con la historia del Nacimiento de Jesús y que seguían practicándola hasta seis semanas después de la Navidad. Acostumbran a detenerse en cada esquina de la ciudad para ejecutar su pequeño ritual. Pasaron por alto nuestra esquina porque la camioneta estaba en el medio.

Apenas habían terminado de desfilar frente a nosotros, cuando el señor Valenzuela logró despertar a alguien en la "estación de gasolina." Volvió con una lata de 20 litros, un embudo muy grande y un sombrero de felpa. Usaron el original colador, el sombrero, para eliminar el agua y otras impurezas de la gasolina.

Mientras volábamos por las angostas carreteras entre las montañas confiábamos en que nada malo ocurriría. El Profesor Pérez Marcio, sentado junto al conductor, mantenía con él una conversación constante. Cuando más tarde le inquirimos al respecto, nos dijo que lo había hecho con el propósito de mantenerlo despierto.

Llegamos a Tuxtla Gutiérrez ya de madrugada.

La Tierra del Quetzal

Febrero 10

HOY SALIMOS de México. No volveremos hasta dentro de un mes más o menos. Todos nos dicen que tendremos dificultad para pasar la frontera entre México y Guatemala. ¿Por qué? Estos dos países han tenido un incidente debido a que un barco pescador mexicano fue atacado por un avión militar guatemalteco. . . . La situación está tensa.

Apenas se sale de Tuxtla la carretera comienza a subir zigzagueando entre las montañas. El vasto valle del Río Chiapas se ofrece a nuestros ojos en forma panorámica. Mientras viajábamos al mirar hacia atrás dos veces pudimos divisar entre la niebla la pequeña y sofocante población de Tuxtla Gutiérrez allá abajo en la llanura desértica. Poco después quedó atrás.

A cien kilómetros más o menos de Tuxtla Gutiérrez nos encontramos con un camino de grava. Aunque más que de grava debiera decir de grandes piedras. Eran el fundamento sobre el que más tarde se asentaría la carretera. Al ser levantadas por las ruedas, estas piedras producían un desagradable golpeteo contra la camioneta en la parte de abajo. De pronto, una enorme piedra saltó hacia arriba y golpeó debajo del auto. Fue tan fuerte el golpe que mi cámara fotográfica que estaba sobre el piso entre mis pies saltó hacia arriba. Inmediatamente percibimos olor a gasolina. El señor Reile detuvo inmediatamente el vehículo junto al camino y todos saltamos afuera. Estábamos quedándonos sin gasolina. Un chorro del tamaño del dedo índice de ese precioso líquido brotaba de la parte de abajo del tanque. El señor Reile metió su dedo en el hueco y detuvo el chorro, pero claro está, ésta no era una solución permanente. Para darle a él un descanso y mientras se buscaba la solución, también yo hube de tapar transitoriamente el agujero aquel. Buscamos una rama del grosor aproximado del agujero, pero se perdía gasolina pues no ajustaba bien. Por fin, recordamos la caja de "chicles" que nuestro buen amigo Dan Suhrie nos había obsequiado en el momento de salir de Los Angeles. Los preparamos debidamente y con esos "chicles" detuvimos el escape de gasolina hasta que amasamos un buen pedazo de jabón con el que tapamos mejor el agujero. Afortunadamente la ciudad de Comitán estaba a ocho kilómetros de allí y con la gasolina que nos quedaba pudimos llegar hasta ese lugar. Allí en un taller mecánico hicimos arreglar el desperfecto. Fue muy lento el arreglo, pues tuvieron que hacerlo con equipo muy rudimentario. Pero quedó bien. Pero con todo esto nos atrasamos tres horas.

Mientras los mecánicos arreglaban el tanque, almorzamos y exploramos el pueblo. Dimos con un hotel justamente a dos cuadras del garaje. En una jaula grande que estaba en el patio tenían un sinsonte que imi-



Roberto Luis Eduardy tapa con su dedo el agujero producido en el tanque de la gasolina. Juan Antonio Díaz (agachado en el centro) y Roberto Miramontes (más atrás) observan la operación. Lloyd Reife corta y adapta un pedazo de jabón que servirá para tapar momentáneamente el hueco.

taba toda clase de sonidos. Si silbábamos él reproducía el sonido. Lima Fuentes hizo una treta. Silbó toda la escala, y se detuvo justamente antes de la última nota. Pero el sinsonte cantó la nota que le faltaba. No se trataba de una casualidad, pues tantas veces como se hizo la prueba él sinsonte completó la escala.

Quedaban sólo 48 kilómetros hasta la frontera con Guatemala, pero después de llegar allí tardamos hora y media para pasar a través de la aduana. Tuvimos que detenernos dos veces en territorio mexicano para que revisaran nuestros documentos. En el primer lugar tuvimos que despertar de su siesta a la persona encargada. Unos pocos kilómetros más adelante estaba el segundo puesto de revisión, donde fueron verdaderamente minuciosos.

El camino en la línea frontera estaba separado por una cerca de acero con un portón clausurado con un fuerte candado. Al acercarnos al portón y parar, la incertidumbre acudió a nuestras mentes. ¿Podríamos pasar?

Muy pronto apareció un guarda sumamente amable y sonriente que nos abrió el portón. Y pasamos. En el lado guatemalteco había que pasar por tres diferentes oficinas de Inmigración y Aduana. En primer lugar se anotaron nuestros nombres y el número de nuestros pasaportes. Como a 200 metros de allí tuvimos que detenernos otra vez. Subimos a pie por una loma hasta una primitiva -y quizás temporaria- Oficina de Inmigración. De nuevo se efectuó allá la revisión de nuestros documentos y la inscripción de nuestros nombres. Volvimos al vehículo y nos pu-

simos en marcha. Pero a unos 200 metros hubo una nueva detención. Esta vez fueron los documentos del auto lo que se revisó. ¿Por qué no hacer todo en un solo lugar y de una sola vez?

Mientras esperábamos allí, observamos a dos mujeres que lavaban su ropa en un pequeño arroyito que corría junto al camino. Esto es muy común en Centro América. Este es el "lavadero automático" donde las mujeres se juntan no solo para lavar, sino para comentar cuanto hay de comentable. . . . Una niña de dos años estaba sentada sobre una piedra detrás de su madre. Cabeceaba soñolientamente en aquella tarde templada por el sol. De pronto resbaló de la piedra y cayó cabeza abajo dentro del arroyo. ¡Qué manera de despertarse! No se lastimó, pero llevó una buena mojadura. La madre la levantó, sacó un vestido seco de su canasta y se lo puso, y todo el mundo contento de nuevo.

El camino es extremadamente polvoriento en ese lugar. Oleadas de polvo entraban dentro del auto por la puerta trasera. Recorrimos sofocados y respirando muy dificultosamente cientos de kilómetros. La carretera que seguimos es la Panamericana. Pero es nueva en ese tramo y está en construcción. De ahí que el transitarla no resultara fácil. Cuando esté concluida, sin embargo, será magnífica.

Al entrar en Guatemala notamos un cambio abrupto en el paisaje. Antes de cruzar la frontera, el territorio mexicano era un llanura apacible. En Guatemala, repentinamente todo parecía subir o bajar debido a lo quebrado del terreno. El camino estaba cortado sobre rocas casi perpendiculares. Los deslizamientos de tierras son frecuentes en los lugares donde están trabajando en la carretera e impiden el tránsito normal.

En aquellos pendientes riscos los indígenas plantan maíz. Es difícil comprender cómo pueden hacer tal cosa en lugares tan peligrosos. Pero allá estaba el maíz cuando pasamos.

Oscurecía cuando llegamos a Huehuetenango. La gasolina se nos había casi agotado, por eso entramos a esa ciudad. En Guatemala la gasolina cuesta 47 centavos de dólar el galón (casi cuatro litros). Su unidad monetaria está a la par del dólar. Es el Quetzal que toma su nombre del hermoso pájaro nacional guatemalteco.

Justamente cuando estábamos saliendo de Huehuetenango, la cubierta de la rueda de la derecha de atrás del auto explotó. En pocos minutos la sustituimos con la de auxilio.

Desde allí el camino era un precipicio tortuoso y pendiente, pero como estaba muy oscuro, por ser ya de noche, no era posible ver bien, lo cual quizás fue una suerte para nosotros, pues nos evitó preocuparnos. Era bastante tarde cuando iniciamos el descenso en dirección a la ciudad de Totonicapán. ¡Parecería que todos los nombres de las ciudades de Guatemala tienen que ser larguísimos! Solo quince minutos de viaje

desde Totonicapán y llegamos a Quezaltenango, nuestro lugar de destino para ese día.

Hacía mucho frío. Estábamos a 3.200 metros de altura más o menos. Me castañeban los dientes mientras descargábamos nuestro equipaje.

Las personas encargadas de reservarnos hospedaje en Quezaltenango, hicieron una buena elección pues el hotel era excelente. Las habitaciones eran magníficas y los baños con abundante agua caliente.

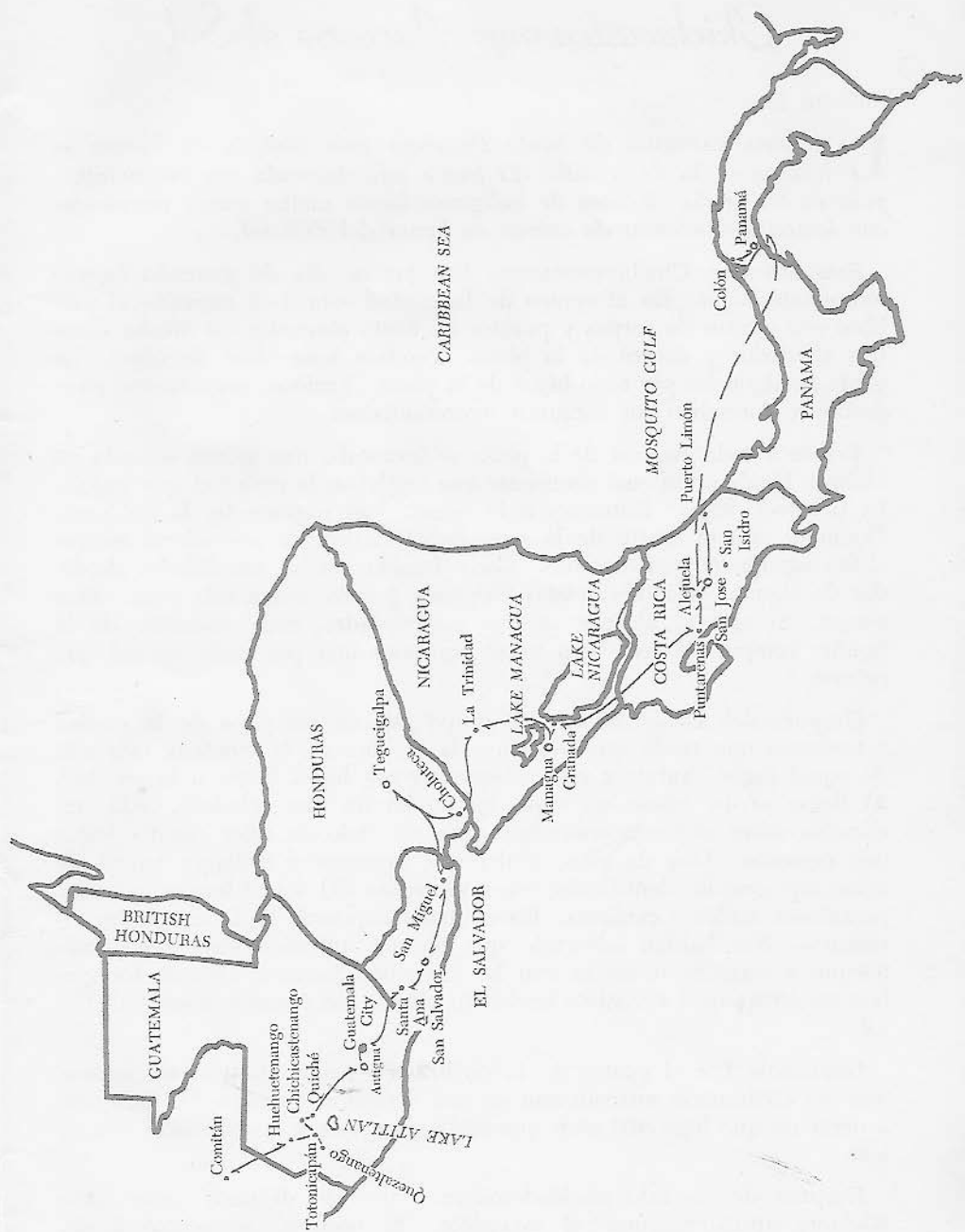
Al día siguiente, por la mañana fuimos a la estación de radio TGQ para realizar una transmisión. El gerente, Sr. Federico Salazar, entrevistó frente al micrófono al Profesor Pérez Marcio acerca de varios asuntos de interés general, de la misión de La Voz de la Esperanza y del motivo de nuestro viaje. La Voz de la Esperanza se oye cada semana en la estación TGQ.

A las cuatro de la tarde tuvimos una reunión con un grupo de creyentes de ese lugar y por la noche realizamos una conferencia pública en el teatro Municipal de esa ciudad. Es el teatro un edificio al estilo ópera con muchísimos palcos.

A las 7:30 de la noche comenzó el acto. A las 8:15 la gente seguía afluyendo. Se llenaron todos los asientos. Asistieron por lo menos unas 800 personas.

El jefe técnico de la estación de radio TGQ por cortesía de la estación trajo un equipo completo de amplificación, sin el cual nos hubiéramos visto en dificultades aquella noche.

La conferencia que pronunció el Profesor Pérez Marcio versó sobre el hogar y las responsabilidades de los padres para con sus hijos y entre ellos mismos. Después de la reunión, un hombre joven se adelantó con lágrimas en los ojos y le dijo al Profesor que había recibido una nota de su esposa en la que le decía que se iba, que lo abandonaba. . . "porque el trato que él daba a sus hijos era tal que ella casi le había perdido el amor." Agregó: "Estoy profundamente agradecido por lo que usted ha dicho esta noche. Acabo de aprender cómo debo tratar a mi familia. Desde ahora las cosas serán muy diferentes en mi hogar."



Chichicastenango, Incienso al Sol

Febrero 12

LA IGLESIA CATOLICA de Santo Domingo toda pintada de blanco se levanta al fin de la calle. El frente está decorado con bugambillas, pero en las gradas decenas de indígenas hacen oscilar toscos incensarios con lentos movimientos de vaivén en honor del dios sol. . . .

Estábamos en Chichicastenango. Era jueves, día de mercado en ese interesante lugar. En el centro de la ciudad estaba el mercado al aire libre con cientos de carpas y puestos de venta alineados sin mucha simetría alrededor y dentro de la plaza. Vendían toda clase de cosas. La gente se algopaba por todo lugar de la plaza. Turistas, negociantes, compradores, formaban un conjunto interesantísimo.

Frente a cada esquina de la plaza se levantaba una iglesia pintada de blanco. Estaban allí cual centinelas que vigilaban la multitud que pululaba por todo lugar. Entramos a la iglesia más importante, la de Santo Domingo. En el centro de la nave había cientos de adoradores en cuchillas agrupados por familias. Cada familia estaba arrodillada alrededor de algunas velas o candelas. Algunos grupos tenían más velas, otros menos. Si está al alcance de sus posibilidades, cada miembro de la familia compra la suya, y a veces compran una por cada animal que poseen.

Después del almuerzo, nuestro grupo salimos un poco de la ciudad y tomamos una senda que llevaba a la cumbre de la montaña más alta de aquel lugar. Subimos en continuo zig-zag hasta llegar a la cumbre. Al llegar arriba vimos un claro en medio de una arboleda. Allí, inclinadas sobre el fuego encendido ante un ídolo de color oscuro, había tres personas. Una de ellas, usaba una hermosa y brillante banda de color rojo que lo identificaba como sacerdote del sol. Llevaba, además, pantalones azules y camiseta. En su mano izquierda tenía un rústico incensario. Nos habían advertido que no nos aproximáramos demasiado porque a veces se molestan con los curiosos. Sacamos algunas fotografías mientras aquel sacerdote hechicero ofrecía sus encantamientos al dios sol.

Guatemala fue el centro de la civilización maya. Las ideas paganas que esa civilización sustentó aun no han desaparecido entre los indígenas a pesar de que hace 400 años que están expuestos a la influencia extranjera.

Después de un rato sintiéndome más atrevido dí unos pasos hacia adelante aproximándome al sacerdote. El también se acercó a mí. Entonces echando mano al bolsillo, saqué unas monedas que le dí y le pedí que se pusiera en pose para sacarle algunas fotografías. Cuando

miré a través de la cámara y vi su rostro mirándome en forma que me pareció poco amistosa, me sentí tan agitado que tomé la foto antes de que estuviera completamente en foco. Después de esto, no me atreví a retratarlo de nuevo.

De regreso en Chichicastenango, nos hallábamos de nuevo cerca de la iglesia de Santo Domingo, cuando un hombre joven se acercó al Profesor Braulio Pérez Marcio y de dijo: "Es usted el Profesor Pérez Marcio, el orador de La Voz de la Esperanza?" El Profesor contestó afirmativamente y le preguntó a su vez: "¿Cómo me ha reconocido usted?" La respuesta fue: "Es que he visto su fotografía muchas veces. Soy un asiduo oyente de su programa y además estudio uno de los cursos que ustedes ofrecen por correspondencia."

En medio de esos adoradores del sol, algunos rayos del Sol de la Verdad iluminaban las tinieblas.

Un poco más tarde aquel joven se acercó a nosotros de nuevo y nos dijo: "Tengo un amigo que también desea tomar el Curso por correspondencia que ustedes ofrecen. ¿Quieren tomar la dirección?" Tomamos la dirección. Poco después volvió con otro amigo suyo que deseaba tomar el curso de estudios.

Joven indígena guatemalteco, que arrodillado ante el sacerdote del sol, saltó asombrado cuando vio al Profesor Braulio Pérez Marcio.





Roberto Miramontes y Roberto Luis Eduardy, muy pronto se unieron a la conversación. Con ceño adusto el sacerdote mira desde cierta distancia.

Nuestra reunión aquella noche se realizó en la ciudad de Quiché, a media hora de camino de Chichicastenango. Unas 600 personas reunidas en el salón Auditorio de la Escuela nos esperaban con ansiedad. El Gobernador del Departamento y el Ministro de Educación ocuparon el sillón de honor, contiguos por un sofá tapizado colocado sobre la plataforma.

Al día siguiente en el camino a la ciudad de Guatemala, bordeamos el bellissimo lago de Atitlán que está rodeado de gigantescos conos volcánicos, muchos de los cuales son inactivos y se hallan cubiertos de una maravillosa alfombra de exquisito y exuberante verdor. De vez en cuando podíamos ver una ondulada y débil columna de humo que emergía de algún lado de la montaña. Esto no indicaba más que la presencia de algunos indígenas que estaban quemando leña para producir carbón.

Nos detuvimos durante algunas horas en Antigua, la vieja capital española de Guatemala que fue destruída por un temblor de tierra hace casi 190 años.



Rumbo al mercado en las cercanías de Chichicastenango.

Guatemala produce telas hermosas y finas, como también frazadas de lana. Tejen hermosas telas de algodón con diseños verdaderamente hermosos e intrincados. Tuve oportunidad de observar a uno de estos expertísimos obreros. Estaba tejiendo con un hilo de metal un diseño sumamente complicado y lo hacía con una destreza y rapidez extraordinarias. Le pregunté cuánto ganaba y para sorpresa mía respondió que su jornal era de \$0.75 centavos por día. En el mismo taller había algunos muchachitos de 10 y 12 años de edad que también tejían en telares pequeños. Esto me hizo pensar en lo que había leído acerca del trabajo en Inglaterra en los días anteriores a la revolución industrial.

En la ciudad de Guatemala nos esperaban días bien ocupados. Tanto el viernes de noche como el sábado por la mañana tuvimos una excelente asistencia en las reuniones en que actuamos. El sábado al mediodía fuimos invitados a almorzar en un parque donde pasamos unos momentos agradables. Desde allí nos dirigimos a la estación TGJ para presentar un programa por radio. El locutor entrevistó al Profesor Pérez Marcio. Le hizo una serie de preguntas muy interesantes.

La reunión de la noche se efectuó en el salón auditorio de la Escuela Normal Belén para señoritas. Temíamos que hubiera poca asistencia debido a que esa noche se iba a realizar un gran desfile de antorchas en el mismo corazón de la ciudad. Pero no hubiera sido necesario preocuparse por eso, porque a las 6:30 de la noche, la gente comenzó a llegar y cuando dimos comienzo al acto a las 7:45 el público seguía llegando y más de 150 personas tuvieron que permanecer todo el tiempo de pie contra las paredes.

Durante la reunión, un señor anciano mantuvo en entusiasta actividad su cámara fotográfica tomando fotos de nuestro grupo. En una ocasión subió a la plataforma y con toda calma tomó una foto de la concurrencia. Más tarde supimos que era delegado oficial de un país vecino al Congreso Católico Ecuménico que se realizaba en esos momentos en la ciudad de Guatemala. ¡Evidentemente nuestra reunión le resultaba más interesante que la suya!

Trópico, Motines y Peligros

Febrero 15

EL TIEMPO transcurrió velozmente en Guatemala. Los cinco días que pasamos allí volaron como un suspiro.

Da la impresión de que, como si al hacerse las cosas, se hubieran acumulado en ese lugar todas las montañas; luego se trazaron las fronteras de un lado y de otro y se llamó a ese país Guatemala. Parecería como si comenzando en ambas fronteras, la de México al Norte, la de El Salvador al Sur, colosales tractores hubiesen transportado gigantescas montañas dejándolas allí...

Durante el ascenso por un camino sinuoso y agostísimo, sentimos el malestar propio de un leve mareo. Llegamos a la cumbre. Entonces emprendimos el descenso de varios miles de metros zigzagueando velozmente y provocando más marcadamente la desagradable sensación del mareo. Salimos de Guatemala y entramos en El Salvador.

El término Carretera Panamericana suena pomposo, pero la realidad no siempre concuerda con lo que ese nombre insinúa.

Al llegar a la frontera se repitió la consabida rutina propia del acto de pasar de un país a otro. Hay que pagar una cuota para salir de Guatemala y otra para entrar a El Salvador.

El Salvador es un país de contrastes. Hay personas muy ricas y otras muy pobres. El costo de la vida es muy alto y los jornales son muy bajos. Los productos principales de este país son el café y las bananas. Si la cosecha de café fracasa o este grano tiene precio bajo, se acentúa la miseria.

El café y las bananas suelen crecer juntos. El café necesita algo de sombra, por eso entre sus hileras se plantan bananas.

Llegamos a la capital del país, San Salvador, a las 3:00 de la tarde y nos dirigimos a la casa del Sr. Orley Ford. El señor Ford y su esposa han sido misioneros en Sud y Centro América durante 42 años. Ahora se han retirado en parte de la vida activa. Durante dos días nos hospedamos en su casa, situada al cruzar la calle del hermoso y nuevo edificio de escuela y lugar de culto que ayudaron a levantar.

El Sr. Orley Ford es un hombre extraordinario. Visita las poblaciones pequeñas llevando consigo sus instrumentos para trabajos de odontología y pronto encuentra alguna persona que necesita que se le extraiga una muela. Alre entonces su pequeña valija de instrumentos allí mismo y comienza el trabajo. Pronto se corre la voz por el pueblo. Muchos se detienen a observar lo que pasa y pronto se ha formado una larga fila

de personas que esperan ayuda dental o médica del abnegado Sr. Ford. Por la noche realiza reuniones cristianas con una asistencia de 100 o más personas.

Fue difícil calcular la asistencia a nuestra reunión de la noche en la capital, San Salvador. El salón estaba completamente lleno y hubo unas 300 o más personas en el patio de afuera. El cálculo aproximado fue que asistieron más de un millar de personas.

En San Salvador tuvimos que acostumbrarnos al nuevo cambio de la moneda. Su unidad monetaria es el colón. Dos colones y medio equivalen a un dólar. Dicho de otra forma, 40c de dólar equivalen a un colón. Para quienes, como nosotros estábamos tan pocos días en cada país no resultaba fácil familiarizarse con los diferentes cambios de esos países. Eso sí, debe uno ser cuidadoso y no cambiar demasiado dinero, para evitar llegar a otro país con dinero que allí no circula.

La segunda noche que estuvimos en El Salvador fuimos a Santa Ana situada a unos 60 kilómetros de San Salvador. Nos resultó impresionante ver la gran cantidad de gente reunida allí en el lugar de nuestra conferencia esa noche.

Tal vez resulte monótono leer con tanta frecuencia: "El salón estaba repleto de gente," pero es que eso fue lo que ocurrió en todo lugar. Nos resultó muy agradable comprobar cuán popular es el programa La Voz de la Esperanza en estos países. En Santa Ana, hubo gente en las pasillos, a lo largo de las paredes, en la entrada y muchos se agolparon en las ventanas. En un salón con capacidad para 250 personas, había más de 700. Era difícil creer lo que veíamos.

Al volver esa noche a San Salvador, en una de las calles en donde pasamos con nuestra camioneta notamos un enorme tumulto frente a una taberna. Disminuimos la marcha y al pasar vimos un hombre tirado en la vereda. El Sr. Reile averiguó qué había pasado. Así supimos que era el resultado de una riña. Aquel hombre estaba muerto. Nos resultó agradable alejarnos de aquel lugar.

A la mañana siguiente emprendimos la marcha otra vez y nos dirigimos a la pequeña ciudad de San Miguel.

El Sr. Douglas Prenier, representante de La Voz de la Esperanza en Centroamérica, había viajado con nosotros en la camioneta desde que entramos a Guatemala. En el camino a San Miguel nos contó que un amigo suyo, misionero, cierta vez recorría esa zona a caballo. Llevaba consigo una buena cantidad de dinero. Mientras proseguía su marcha notó que era seguido por un hombre. Aparentó no haberlo notado. Después de varias horas, llegó al pueblecito donde debía pasar la noche. Se hospedó allí en una pequeña posada. El hombre que lo había seguido fue al mismo lugar y fue asignado a la misma habitación. El

misionero estaba realmente alarmado, pero trató de aparentar calma. Cuando el perseguidor salió del cuarto por algunos minutos, el misionero oró a Dios pidiéndole que le ayudara a encontrar un lugar donde esconder el dinero. Recorrió la habitación con la mirada y finalmente decidió esconderlo en la cama del hombre que lo perseguía. Cuando el hombre aquél regresó a la habitación, el misionero estaba ya acostado.

Se acostó también, pero ninguno de ellos durmió. El misionero hizo sin embargo como que dormía y hasta comenzó a roncar. Muy pronto oyó que el hombre aquel se levantaba silenciosamente. Primero revisó las valijas del que aparentaba dormir; luego se aproximó a la cama y buscó debajo del colchón. Palpó entre las frazadas, debajo de la almohada y hasta revisó para ver si tenía algún cinturón donde guardaba el dinero. Mientras tanto, el misionero seguía simulando estar profundamente dormido. Finalmente aquel malhechor se dio por vencido y muy disgustado salió del cuarto y no volvió. ¡El misionero durmió tranquilamente el resto de la noche! A la mañana siguiente retiró el dinero de la otra cama y siguió su camino.

Llegamos a San Miguel a tiempo para cenar antes de la reunión. En verdad, por lo que toca a Eduardo Lima Fuentes, mejor le hubiera sido no cenar. Quizás la lechuga que comió tuvo la culpa. El caso es que el recuerdo de esa cena la acompañó.

Tuvimos la reunión en un salón que estaba muy lejos de ser suficiente para la necesidad. Es imposible describir la cantidad de público que cupo en aquel lugar. En reuniones anteriores habíamos tenido mayor asistencia, pero jamás habíamos visto tanta gente en lugar tan reducido.

Hacía calor. El salón tenía groestas paredes y las ventanas carecían de vidrios y de persianas. Pero esto fue afortunado, pues proporcionó más espacio.

A mi izquierda había una pequeña ventana, parados en cuyo alféizar conté trece personas que se sostenían asiéndose a una viga.

Nuestras camas aquella noche fueron al estilo cuartel. No tenían colchones ni elásticos. Eran sólo una lona estirada sobre el armazón. Pero dormimos relativamente bien. Al siguiente día dejamos El Salvador y entramos a Honduras. En El Salvador la carretera Panamericana está toda pavimentada. En Honduras, en cambio, es casi toda grava o sencillamente tierra.

Habían transcurrido apenas diez minutos desde que cruzamos la frontera, cuando reventó una de las cubiertas traseras. Recurrimos a la que llevábamos de repuesto y con sorpresa encontramos que estaba desinflada ¡y no teníamos inflador! Providencialmente como a un centenar de metros estaban detenidos dos grandes camiones. Así, Douglas Premier y yo corrimos allá para ver si podían prestarnos un inflador. No



Numerosa concurrencia llenó el Teatro Nacional de Tegucigalpa, Honduras. Muchos personajes destacados asistieron al acto.

tenían. En cambio tenían un compresor que funcionaba con el motor del camión y una goma que servía para llenar de aire las ruedas. Fuimos a nuestro auto a buscar el repuesto. Lo inflamos gracias a la cortesía de aquellas personas y proseguimos el viaje.

Habían programado dos reuniones en Honduras. La primera en Tegucigalpa, la capital, situada a unos 100 kilómetros al norte de la Carretera Panamericana. Después de viajar varios kilómetros por los caminos de Honduras, nos preocupaba tener que abandonar la carretera Panamericana. Si ésta en ese tramo no era buena, ¿cómo serían las otras?

Sin embargo, tuvimos la grata sorpresa de que el camino que se desviaba hasta Tegucigalpa estaba completamente pavimentado. Ibamos aproximándonos a la ciudad por el lado sur bordeando una montaña cuando vislumbramos allá abajo la capital de Honduras, que parecía una joya iluminada por el sol.

Se llevó a cabo nuestro programa en el Teatro Nacional, uno de los más hermosos auditorios que vimos en el transcurso de todo el viaje. Son

notables sus palcos ornados con decoraciones talladas. Hubo un lleno total. Sentado en el escenario, observé al público mientras el Profesor Pérez Marcio hablaba. Silenciosos, atentos e impresionados seguían cada palabra con verdadera emoción.

Al día siguiente, después de delicioso almuerzo en casa del Sr. K. L. Fleck, nos encaminamos otra vez hacia la carretera Panamericana. Teníamos esa noche una reunión en Choluteca.

A las 7 de la noche el Teatro estaba casi lleno de niños que tuvieron que ser desalojados para dar lugar a los adultos. Hacía mucho calor y la humedad era fuerte. Los niños estaban inquietos y hacían mucho ruido. En aquellos días había algo de inquietud política en esa zona de Honduras, por lo tanto había allí en el teatro, alrededor y dentro de él, una buena cantidad de soldados armados. Nos resultaron una verdadera ayuda. Cuando un niño molestaba pronto se encontraba con una oreja entre los dedos firmes de un soldado y la calma se restablecía como por milagro.

Era tanto el calor que hacía esa noche que fue como un prolongado baño de vapor.

Tuvimos que dormir todos en la misma habitación. En un grupo de varias personas no faltan algunos que roncan. Pérez Marcio tiene su pequeño truco que aplica a quienes roncan. Cuando alguien comienza esa actividad no muy musical, él hace un ruido particular como el que se estila para estimular la marcha de los caballos. Afirma que es remedio seguro y que los ronquidos se detienen. Le oí aquella noche ese singular ruido repetidas veces. Tan pronto como Douglas Premier comenzaba su desafinada música, intervenía Pérez Marcio con su singular freno y Premier quedaba en silencio. Cuando a Lloyd Reile se le ocurría imitar a Premier en sus ronquidos, Pérez Marcio recurría a su eficaz treta para silenciarlo. Me parece que también se ensañó conmigo varias veces.

Salimos de Choluteca a las seis de la mañana. Creo que el Profesor Pérez Marcio nos despertó a todos y salimos. Posiblemente estaba cansado del concierto que le habíamos dado durante la noche.

Llegamos a la frontera con Nicaragua, pero estaba cerrada. Tuvimos que esperar hasta que las autoridades de inmigración se hicieron presentes. Mientras esperábamos, como Juan Antonio dejara su cámara móvil en la camioneta, Roberto Miramontes y yo decidimos jugarle una broma. Tomamos la cámara y la colocamos entre el equipaje que estaba sobre el techo de la camioneta. Juan Antonio regresó y como no la encontrara, pensó que seguramente le había sido robada. Lloyd Reile que ignoraba la broma hizo correr la voz de que nos había sido robada una cámara cinematográfica. Pronto todo el mundo andaba en busca de la cámara y no faltaban quienes miraban a unos u otros con desconfianza. A fin de evitar que lo que era una broma se convirtiera en un "incidente internacional," confesamos inmediatamente.

A las 8 de la mañana llegaron las autoridades y abrieron las puertas. Previo papeleo de rutina cruzamos la frontera. Estábamos en Nicaragua.

Llegamos a Managua a las 3 de la tarde. Nuestra apariencia era poco más o menos como la de los barbudos monjes de San Bernardo. Así que tan pronto como pudimos fuimos en busca del peluquero. . . . Mientras nos hallábamos sentados esperando nuestro turno notamos que los peluqueros cuchicheaban entre sí, y nos señalaban. Teníamos curiosidad por saber de qué se trataba, cuando uno de ellos se nos acercó y nos mostró el diario en el cual estaba nuestra fotografía. Sonrieron amablemente, y en un inglés parecido a nuestro español, nos hicieron algunas preguntas que contestamos con la misma dificultad con que ellos preguntaban.

En Nicaragua, la unidad monetaria es el córdoba. Un dólar equivale a 7.10 córdobas. Nos pareció difícil acostumbrarnos a un nuevo cambio de moneda. Cuando estábamos casi diestros en el uso del dinero en un país, pasábamos a otro. Y había que comenzar de nuevo.

Esa noche en Managua a las 8:30 presentamos un programa por televisión. Hay en Managua una nutrida colonia de habla inglesa. Por esta razón se nos pidió que presentáramos algunos cantos en español y otros en inglés.

Después del programa de televisión, el Profesor Pérez Marcio y yo salimos a conocer la ciudad, es decir a conocerla yo, pues él la conocía ya. Llegamos ante una hermosa estatua de mármol blanco de Rubén Darío uno de los más grandes poetas de la lengua española.

El siguiente día fue para nosotros muy pesado. Presentamos un programa por la mañana, otro por la tarde y para completar el día, el más importante se realizó por la noche. Fue un día bien aprovechado.

De Puerto Limón a San José

Febrero 12

ESTA mañana pasamos a lo largo de la costa del Lago de Nicaragua. Mide 160 kilómetros de largo por 80 de ancho. Es el único lago de agua fría en el mundo que tiene tiburones que devoran seres humanos. Un pequeño río que nace en el lago de Nicaragua desemboca en el Mar Caribe. Los tiburones nadan río arriba mientras son pequeños. Pero crecen tanto que no pueden volver, por lo tanto, quedan allí apresados en el lago. Nuestro amigo Douglas Premier nos contó lo que le ocurrió a una persona que se detuvo en la frontera entre Costa Rica y Nicaragua hace algún tiempo. La oficina de Inmigración aún no estaba abierta, así que mientras esperaba se le ocurrió bañarse en el lago. Saltó al agua y nunca más salió de allí. Los tiburones lo devoraron.

Fue muy agradable viajar por las orillas de este lago. A la distancia podíamos ver el humo de un volcán activo cerca de la costa opuesta.

El Lago de Nicaragua tiene gran importancia estratégica. Ha formado parte de innumerables proyectos para abrir algún día un canal entre el Atlántico y el Pacífico. Ya existe un río que nace en el lago y desemboca en el Atlántico. Y entre el lago y el Pacífico hay sólo unos 40 kilómetros de distancia. Sin duda alguna oiremos más acerca de esto en un futuro no lejano.

Costa Rica es un país hermoso de exuberante vegetación y fértiles tierras. Al viajar por sus carreteras notamos algo muy curioso. Los postes que habían sido puestos en las cercas para sostener los alambrados de las mismas, habían echado raíces y por lo tanto ramas y hojas. ¡Cada poste era un nuevo árbol en plena floración!

Puntarenas fue la primera pequeña ciudad costarricense que tocamos. Llegamos allí justamente a tiempo para bañarnos en las aguas templadas del Pacífico. La temperatura agradable de la arena invita al descanso. A la mayoría de nosotros, procedentes del norte de nuestro continente, nos parecía muy extraño poder nadar en el mar en el mes de febrero. ¡Eso no puede hacerse en California!

En un sentido la reunión en Puntarenas fue una excepción a todas las otras. La realizamos en un hermoso salón, pero la concurrencia fue comparativamente escasa. Una gran fiesta en la ciudad y además una corrida de toros resultaron una fuerte competencia en la que ocupamos el tercer lugar.

El pueblo costarricense halla una gran diversión en las corridas de toros. Después de la corrida principal, el público -cualquiera que lo desee- salta sobre las barreras y se precipita a la arena donde está el toro. Cuando

el toro embiste hay dentro tantas personas que siempre acierta con algunas. Se avalanza sobre la multitud dando con sus cuernos en una y otra dirección y, por supuesto, son muchos los lastimados. Oímos decir que después de la última corrida en San José, 48 personas fueron internadas en el hospital. Como era de esperarse, La Voz de la Esperanza no podía competir contra el delirio del público por un espectáculo de esa naturaleza. Con todo asistieron al acto unas 200 personas.

Esa misma noche después de la reunión proseguimos viaje a la capital, San José. Era casi la una de la mañana cuando llegamos allá. Juan Antonio Díaz y Eduardo Lima Fuentes se hospedaron en la casa de un primo de este último, Sr. Elmer Fillman, residente en esa ciudad.

Siempre molestamos a Eduardo diciéndole que tiene un primo en cada ciudad importante de los Estados Unidos, y en esa ocasión descubrimos que también los tiene fuera de este país. Por lo menos tiene uno en San José, Costa Rica.

A la mañana siguiente debíamos reunirnos en el aeropuerto para tomar el avión con destino a Puerto Limón. Diez minutos antes de la hora de la partida del avión, Juan Antonio, Eduardo y su primo Elmer Fillman no habían llegado todavía. Llegaron agitados cuando faltaban nueve minutos. Un instante después vi a Elmer Fillman pasar como un rayo a mi lado. Regresaba de su casa. ¡Había olvidado los pasajes para el avión de todo el grupo! Eramos nueve en el grupo, más de la mitad de los pasajeros de ese vuelo, de modo que prometieron detener el avión por cinco minutos. Cuando expiraba ese plazo, precisamente a tiempo para que abordáramos el avión ya a punto de salir, llegó Elmer Fillman sin aliento, pero con los pasajes en la mano. ¿Que si hubo bromas y risas? Por supuesto, ¿cómo podría haber sido de otro modo?

Puerto Limón se halla en la costa del Atlántico. El vuelo desde San José duró apenas treinta minutos.

Al atardecer salí a dar un paseo por la ciudad. Al pasar frente a un comercio oí una música muy familiar que, naturalmente, atrajo mi atención. Entré. Era nuestro cuarteto Los Heraldos del Rey el que cantaba en un pequeño aparato de radio. Una estación local estaba pasando grabaciones de nuestros cantos y anunciando la reunión de la noche.

Aquella noche, por primera vez en mi experiencia, cobraron entrada al acto que se realizó en el Teatro Ancón. Confieso que tuve algunas dudas de que la gente estuviese dispuesta a pagar para asistir a un programa de carácter religioso y moral, pero me llevé una gran sorpresa. Mil cien personas pagaron su entrada gustosamente. Así financiaron en Puerto Limón ese acto y aún les sobró dinero.

En la costa atlántica de Costa Rica además de las personas que hablan español, hay una población de habla inglesa muy numerosa. En el pro-

grama de Puerto Limón cantamos alternativamente en inglés y en español.

El público respondió maravillosamente. Cantamos algunos cantos de los llamados "espirituales" y la gente aplaudía con tremendo entusiasmo aún desde antes de que hubiéramos terminado. Es interesante notar que fue éste el público más entusiasta de todo el viaje. Al siguiente día nos levantamos a las 5:30 de la mañana para estar a tiempo en la estación del ferrocarril. El tren en que viajamos era un recuerdo del pasado. Eduardo lo llamó el "Disneyland Special". (Famoso parque de diversiones de California.) Hay solo tres formas de entrar en Puerto Limón o salir de él: avión, vapor o tren. No hay carreteras. Quisieron que hiciéramos el viaje en tren para que pudiésemos admirar aquel panorama lujuriente del riquísimo trópico. El tren, anticuado y lento se detuvo en todo lugar, por insignificante que fuera.

En una de esas paradas, nuestro amigo Premier bajó para conseguir un puñado de granos de cacao para mostrárnoslo. El chocolate se hace de esos granos de cacao. Mientras Premier estaba ausente el tren empezó a marchar. Tuvo que correr para poder alcanzar el último vagón y saltar a él.

En el siguiente pueblo Premier bajó para comprar maníes. Cuando el tren empezó a moverse nos apresuramos a subir en el último vagón. Creímos haber subido todos. De pronto, para sorpresa nuestra vimos al buen Premier saltando desesperadamente sobre los durmientes de las vías tratando de alcanzar el tren. En la estación anterior corrió y lo alcanzó. Esta vez la velocidad del tren fue superior a la suya. Y aunque en la carrera fue perdiendo lastre, pues arrojó al suelo lo que traía en las manos y los bolsillos de su ropa sin que él lo quisiera perdieran lo suyo, el tren se fue alejando más y más y nuestro amigo Premier quedó allí.

Afortunadamente un coche motor para los obreros que reparan las vías se detuvo a su lado y lo invitaron a subir. Siguieron desde cierta distancia al tren hasta que éste se detuvo en la próxima estación, allí Premier se reincorporó al grupo y al tren y durante el resto del viaje no se movió de su asiento.

De regreso a San José, al caer la tarde, presentamos un programa en una estación de radio en esa ciudad. Cantamos algunos himnos y el Profesor Pérez Marcio invitó al público a la reunión que esa noche afectaríamos en el Cine Reforma.

Una leve sombra producida por la poca asistencia que habíamos tenido en Puntarenas nublabá nuestros espíritus. Sin embargo, el público que nos recibió en San José la disipó. Más de novecientas personas asistieron al teatro esa noche. Por supuesto, no teníamos la competencia de una corrida de toros.



El Profesor Pérez Marcio hablando a un "lleno completo" en el Teatro Nacional de la ciudad de Panamá, Panamá.

Mas Allá de la Carretera

HEMOS LLEGADO HASTA el punto más lejano en que la Carretera Panamericana es transitable. Termina pocos kilómetros más allá de San José, en la ciudad de San Isidro. Un letrero que dice "Impasable", marca el fin. Así desde San José fuimos a Panamá por vía aérea.

Por la mañana viajamos desde San José hasta Alajuela. Presentamos un programa para los alumnos y profesores del Colegio Vocacional de Centroamérica que fue retribuido con un excelente banquete en la Cafetería de la misma institución.

Después del almuerzo salimos apresuradamente para el Aeropuerto Internacional para tomar el avión que nos llevaría a la ciudad de Panamá. Era un avión inglés fabricado por la compañía "Viscount Turboprop". ¡Qué viaje agradable! ¡Ni una sola vibración! ¡Si hubiésemos sabido entonces que pocos días más tarde ese mismo avión se estrellaría al salir de la ciudad de Managua, Nicaragua, hubiéramos tenido menos entusiasmo por viajar en él!

Volamos en dirección al oeste. Levantamos vuelo sobre San José y las montañas, y bien pronto divisamos las azuladas aguas del Golfo de los Mosquitos.

¡Mosquitos! ¡Qué agonía resultaron para aquellos infelices hombres que trataron de excavar el primer canal a través del angosto istmo! ¡De qué manera el pirata Morgan y sus hombres habrán soportado sus persistentes ataques mientras arrastraban a través de la selva hasta la costa atlántica, el botín que acababan de arrebatar a la vieja Panamá después de incendiarla y destruirla!

Estando en ese lugar era cosa inevitable y natural, una visita detenida al Canal de Panamá. Las esclusas del Canal parecen ser el punto céntrico del interés y la atracción. Pasamos varias horas observando el paso de los vapores por las esclusas de Miraflores que son el fin del Canal del lado del Océano Pacífico. Se ha escrito tanto acerca del Canal de Panamá, y es tan conocido que no hace falta que lo describa yo. Permítaseme mencionar, sin embargo, unos pocos hechos importantes acerca del Canal.

Mide aproximadamente 80 kilómetros de Norte a Sur. Aunque parezca extraño, el lado Atlántico del Canal está al norte y un poquito al oeste del lado Pacífico. Los vapores no pasan por el Canal al nivel del mar. Por medio de tres esclusas, mediante las cuales son levantados o bajados según vayan en una dirección y otra. Cada vapor paga un promedio de \$5,000 dólares por cruzar el Canal y el costo se establece de acuerdo con el tonelaje del barco. En tiempo de paz los barcos de toda nación o bandera pueden cruzar el Canal. Está en actividad las 24

horas del día y nunca ha tenido que recurrirse a toda su capacidad. Ocasionalmente algunos barcos tienen que esperar turno en el Lago Gatún o en el Canal, pero nunca por demasiado tiempo.

Fernando de Lesseps, que construyó el Canal de Suez, fue el primero que trató de abrir el Canal a través del Istmo de Panamá. Después de nueve años de trabajos desesperados, Lesseps abandonó la empresa y su Compañía quebró. Fueron víctimas de los mosquitos, las enfermedades y las montañas.

Al caer la tarde, con el Sr. Roberto Drachemberg fuimos a través del istmo, a la ciudad de Colón, donde participamos en un acto público. Cantamos en español y en inglés, pues la mayoría de las personas entienden ambos idiomas.

Eran las 11:15 de la noche cuando llegamos de regreso a Panamá.

Al día siguiente -sábado- empezamos temprano un día sumamente ocupado. En primer lugar cantamos para un grupo de soldados en la Zona del Canal. De allí nos dirigimos a otro lugar donde el acto en inglés estaba a cargo del señor Reile. Cantamos varios números y salimos inmediatamente para otro salón de otro lugar de la ciudad para unirnos con el Profesor Pérez Marcio y colaborar con él allí. La última cita del día fue esa tarde en el lugar llamado Río Abajo. Por la noche, afortunadamente, no tuvimos compromiso alguno.

La reunión más importante para el público, se realizó en el Teatro Nacional de la Ciudad de Panamá a las 7:20 el domingo por la noche. Había un lleno completo. Pocos minutos más tarde se clausuraron las puertas. Muchos no pudieron entrar. No se permitía a nadie permanecer de pie en los pasillos.

Fue esta una reunión profundamente interesante. Nos sentimos sinceramente animados al ver el categórico éxito del acto de esa noche.

Era este el punto más lejano de nuestro itinerario que comenzó en Los Angeles, California. Así, pues, era tiempo de comenzar el regreso hacia el hogar. Esperábamos ansiosamente el momento en que a la mañana siguiente abordaríamos el avión para cumplir la primera etapa del retorno.

Se Inicia el Regreso

CAMINABA EL VIERNES por la mañana, por la calle central de la ciudad de Panamá cuando, sin esperarlo, me encontré con el Sr. Douglas Premier. Estaba él muy contrariado. Me dijo: "He estado tratando de conseguir pasajes para todo nuestro grupo para el avión que sale el lunes por la mañana, pero no me ha sido posible. Están todos los asientos tomados. Así he reservado lugar para nosotros en el avión del martes. Pero esta demora significa que ustedes no podrán llegar a su cita el próximo viernes en Cuautla, México."

Cuando el resto del grupo se enteró de lo que pasaba, la reacción fue unánime: no era posible esperar hasta el martes. Había que salir el lunes. Una vez más el dinamismo del amigo Lloyd Reile se puso en acción. Fue inmediatamente a la oficina de la Panamerican, revolvió cielo y tierra, se entrevistó con el gerente, pero cuando volvió al hotel todo estaba arreglado. Había lugar para nosotros en el avión del lunes. Llegaríamos a tiempo a nuestra próxima cita.

Por la noche tuvimos otro sobresalto. Cuando regresamos al hotel un mensaje telefónico esperaba al señor Reile. ¡Era del aeropuerto y le comunicaban que nuestras reservaciones para el avión habían sido canceladas! ¡Pero allí estaba Lloyd Reile con su inagotable optimismo! Se apoderó del teléfono y empezó su tarea. Pocos minutos después todo estaba arreglado. Saldríamos el lunes. La normalidad había sido restablecida.

Cuando finalmente me hallé en el asiento del DC-6, una sensación de placer se apoderó de mí. Ciertamente Lloyd Reile había realizado lo imposible para conseguir que viajáramos ese día. Tenía poca importancia que el avión saliera media hora tarde. Lo importante era salir. Probablemente los demás pasajeros se preguntarían cuál sería la razón para que el avión llevara siete pasajeros extra. Tal vez dejó de llevarse alguna carga para poder transportarnos a nosotros. El caso es que a las 11:00 de la mañana aterrizamos en el aeropuerto internacional de San José, Costa Rica.

Un numeroso grupo de personas nos esperaba allí. Al entrar de nuevo en nuestra fiel camioneta nos hallamos con la grata sorpresa de que nos habían preparado una excelente merienda para el viaje. Ibamos a viajar ahora durante varios días sin detenernos más que para dormir por las noches hasta llegar a Cuautla, México. A las cuatro de la tarde llegamos a la frontera con Nicaragua. Pero bien pronto comenzó nuestra odisea. Apenas habíamos salido de la frontera cuando una goma se pinchó. Pusimos la de repuesto. Habíamos andado sólo unos cincuenta kilómetros más cuando una de las cubiertas explotó. Afortunadamente el señor Reile había comprado una extra en San José, pero al colocar

ésta en la camioneta quedábamos sin ningún repuesto. Con las cubiertas rompiéndose como globos cada cincuenta kilómetros y sin ninguna más de repuesto, no nos sentíamos seguros.

Estábamos bastante cerca de Granada, una ciudad situada en las orillas del lago de Nicaragua, así que nos dirigimos a ella. Buscamos en toda estación de gasolina y negocio de repuestos para autos sin conseguir el repuesto que necesitábamos. No tenían de las medidas para nuestro vehículo.

Era ya de noche, pero no quedaba más remedio que seguir la marcha hasta Managua, con temor, pues esperábamos oír a cada momento el ruido, ya familiar para nosotros, de la rotura de una cubierta.

Por fin, llegamos a Managua sin novedad, pero era tan tarde que todo estaba cerrado. Así que tuvimos que buscar un lugar en un hotel y esperar hasta la mañana siguiente.

El señor Reile se levantó a las seis de la mañana y salió en busca de las cubiertas. Las encontró, pero tuvo que pagar por ellas un precio fabuloso. Salimos finalmente de Managua, pero estábamos día y medio atrasados en nuestro itinerario.

A las cinco de la tarde rodábamos por un camino sumamente estrecho y desperejo. El buen amigo Reile manejaba, tenía puestos sus anteojos oscuros. No vio el peligro hasta que era demasiado tarde. La camioneta saltó como un potro encabritado al dar con una roca de buen tamaño que estaba atravesada en el camino. Cuando recuperamos el equilibrio, envueltos todavía en una nube de polvo, pensé: "ahora sí que nos hallamos en una verdadera dificultad. Aquí estamos detenidos en no se dónde, la noche se nos viene encima y la camioneta está destrozada." Pero al bajar del vehículo, comprobamos que ningún "órgano vital" de la camioneta había sido afectado. Pero estaba abollado el depósito del aceite y tanque de la gasolina, que ya había sido arreglado, pero no había pérdida de ninguno de esos líquidos. Pero el chasis o armazón había sido abollado en distintos lugares, el motor estaba algo flojo por el golpe y la transmisión se había torcido un poco. Pero cuando tratamos de poner en marcha el motor arrancó normalmente. Comprobamos después, sin embargo, que el motor estaba fuera de línea y al andar vibraba mucho.

Como a la media noche llegamos a la casa de la familia Ford, en San Salvador. La señora Ford se levantó y preparó las camas. ¡Qué personas tan amables!

Todos dormimos hasta tarde a la mañana siguiente, con excepción del señor Reile, quien llevó la camioneta a un garage para ser reparada parcialmente. Al mediodía después de almorzar reemprendimos la marcha. A pesar de todo habíamos recuperado medio día.

Después de consultar el mapa y el tiempo que quedaba para llegar

hasta el próximo lugar de cita, decidimos viajar toda esa noche. Eran las ocho cuando descendiendo una montaña, al dar vuelta en una curva divisamos en la lejanía el destello de las luces de la hermosa ciudad capital de Guatemala.

Desde que salimos de Panamá habíamos esperado ansiosamente llegar a este lugar. Una razón poderosa había detrás de esto. Es que allí esperábamos recibir correspondencia.

Los lugares asignados para recibir nuestras cartas durante los viajes de La Voz de la Esperanza, son siempre lugares a los que se desea llegar. ¡Cuán agradable es recibir un puñado de buenas noticias de la familia! Una vez recogidas nuestras cartas, que leímos con avidez y alegría, buscamos la carretera y nuestro Chevrolet enfiló hacia el Norte.

Aquella noche pasó como un sueño. ¿Un mal sueño? No afirmaré tanto. Mientras unos trataban de dormirar otros conversaban con el conductor para mantenerlo despierto. Como entre sueños oíamos nombres de lugares que ya nos eran familiares, por haberlos conocido en nuestro viaje de ida: Quezaltenango, Totonicapán, Huehuetenango. . . .

Cerca del amanecer llegamos a la frontera con México. Tuvimos que despertar al encargado de la Inmigración y Aduana -cosa que no le gustó- pero nuestro apuro era grande.

De nuevo en tierras mexicanas llegamos a Comitán a la hora del desayuno. Aquel era el lugar donde tenían aquel notable sinsonte a que ya se ha hecho referencia. De nuevo Eduardo puso a la avecilla en marcha instigándola a que dejara oír sus melodiosos cantos.

Manejaba yo aquella mañana, cuando casi tuvimos de nuevo una "aventura." Estaban reparando la carretera cuando en sentido contrario y bloqueando el camino, venían dos enormes aplanadoras una de cada lado. Paré esperando que una se ladeara para que pasáramos o que por lo menos se detuviera. No fue así, sin embargo. Avanzaban hacia nosotros con marcha lenta e inexorable como un episodio de Edgar Allen Poe. Toqué la bocina, grité, hice ademanes con las manos. Todo fue inútil. Ni veían ni oían. Estaban ya a unos tres metros de distancia de nosotros y verdaderamente alarmado estaba ya a punto de retroceder con urgencia cuando ¡por fin! nos vieron y uno de ellos ladeó su aplanadora. Creo que los conductores de aquellos vehículos cuando nos vieron tan cerca se asustaron más que nosotros.

Eran las 10:30 de la noche cuando nos detuvimos en un hermoso hotel en la ciudad de Oaxaca, México. Ninguno de nosotros había visto una cama desde hacía cuarenta horas. Por tanto, la que tuvimos esa noche nos pareció etérea.

A las siete de la mañana del día siguiente estábamos listos de nuevo para emprender la marcha. En nuestro camino nos detuvimos aproximadamente una hora para visitar las ruinas del famoso Monte Albán. Como

a 500 metros de altura sobre el valle y como atalayando a la distancia a la ciudad de Oaxaca, las ruinas del antiquísimo templo se extienden en una vasta meseta rectangular de unos setecientos cincuenta metros de largo por doscientos cincuenta de ancho.

Se cree que la antigua civilización Olmec fue la que diseñó y edificó la más vieja de sus estructuras, el Templo de la Danza. El Dr. Alfonso Caso, arqueólogo que descubrió y desenterró estas ruinas, piensa que este primer templo fue construido más o menos quinientos años antes de Cristo.

Imaginemos que cuando Nabucodonosor marchaba contra Jerusalén, cuando Belsasar, sentado en el salón del gran banquete, temblaba observando la "mano que escribía en la pared," cuando Darío y Ciro atacaban las murallas de Babilonia, en ese tiempo estaba construyéndose el templo sobre las colinas de Oaxaca o quizás habían ya comenzado a usarlo. Si pudiésemos leer los extraños caracteres que adornan sus paredes, ¿cuánto nos dirían acerca de los pueblos que vivieron allí en el pasado!

Aproximadamente 1,000 años más tarde -500 D. de C.- la civilización Zapotek ensanchó este lugar. Añadieron una especie de pequeño estadio de fútbol, edificaron un observatorio de tamaño respetable, y en medio del atrio levantaron una pirámide.

Alrededor del templo se ven las ruinas de palacios de forma piramidal, y en una de los extremos se hallan los postes de lo que fueron columnas de catorce piedras.

El tiempo que permanecimos allí nos resultó sumamente corto. El señor Reile era responsable de que estuviéramos a tiempo para nuestros compromisos. Así al cabo de una hora comenzó a recordarnos de que debíamos comenzar la marcha. Me parece que muchas veces debió sentirse como una gallina cuyos pollos no resultan del todo dóciles.

Eran las siete de la noche de ese viernes cuando finalmente llegamos a Cuautla. Estábamos tan desaliñados que parecíamos vagabundos. Al salir de Panamá habíamos hecho el pacto de no afeitarnos hasta llegar a Cuautla, México. Aquella noche, cuando fuimos al pequeño comedor para cenar, tratamos de buscar el lugar más oscuro para no ser vistos. El Profesor Pérez Marcio expresó el sentimiento de todos cuando dijo: "Me siento avergonzado." Nos reímos muchísimo naturalmente, y después de la cena nos afeitamos y volvimos a la normalidad.

¡Nunca, ni antes ni después, mi rostro se sintió más suave y limpio que cuando terminé de afeitarme esa noche!

Al día siguiente en el acto realizado en Cuautla se repitió un hecho familiar: el salón estaba lleno de gente. Había allí personas que esperaban desde las cuatro de la mañana. En el curso de la reunión la gente seguía llegando hasta que los pasillos se llenaron. Tanta gente hubo que unas ochenta personas tuvieron que ubicarse en la plataforma.

Hogar, Dulce Hogar

Marzo 8

EN CAMINO a Tampico Roberto Miramontes tuvo una magnífica ocasión de torear que desaprovechó lastimosamente. En el trayecto entre la capital de México y la citada ciudad portuaria hay grandes extensiones de tierra poblada de animales vacunos. A veces transitan por la carretera y debe uno viajar con lentitud para evitar accidentes. Así tuvimos que hacerlo nosotros. Roberto Miramontes iba de pie sobre la puerta trasera de la camioneta, puerta que iba abierta y bajada para pararse sobre ella. Desde allí trataba de espantar a los animales para que salieran del camino. De pronto ocurrió un barquinazo que envió a Roberto al aire. Cuando descendió a la altura del asiento abierto, sus pies no lo hallaron. La camioneta ya había pasado y allá quedó él sobre el camino mientras nosotros nos alejábamos. Pudo haber aprovechado la oportunidad de demostrar su habilidad como torero. ¡Allí estaban los mugidores animales semisalvajes! Pero no. Echó a correr detrás de la camioneta gritando: "¡Espérenme, espérenme!" Naturalmente lo esperamos no sin antes hacerlo correr más de lo que él hubiese deseado. ¡Es que valía la pena prolongar un espectáculo tal!

Tampico es una ciudad petrolera establecida sobre el Golfo de México y rodeada por llanuras inmensas.

Durante la noche realizamos un acto público en un amplio salón totalmente repleto. El director y el personal de una estación de radio local trajeron un equipo para transmitir por control remoto. Radiaron todo el acto que matizaron con descripciones de lo que ocurría en el salón.

Bien temprano a la mañana siguiente, salimos bajo una lluvia torrencial. Nuestro próximo compromiso se cumpliría esa tarde en Montemorelos. Por la noche debíamos estar en Monterrey, Nuevo León.

El cielo estaba gris y la temperatura se mantuvo fría todo el día. A las 2:45 de la tarde llegamos al Colegio Vocacional y Profesional de Montemorelos y al Hospital Montemorelos que está en los mismos terrenos. Nos cambiamos de ropa e inmediatamente pasamos al Salón de Actos donde ya estaban esperando los alumnos, personal y profesores de ambas instituciones.

Hay en las instituciones mencionadas dos pequeños aviones que usan mayormente para ir a los pueblecitos que están más allá de las montañas y traer pacientes para el hospital. Con esos aviones volamos -todos los miembros del cuarteto somos pilotos civiles- sobre los terrenos de la escuela y el hospital. Aquel panorama desde el aire es sencillamente hermoso. Se ven grandes extensiones de naranjos, limoneros y toronjos.

Después de una buena cena nos dirigimos a Monterrey que no queda

muy distante de allí. Esta ciudad moderna es un centro de producción de acero, por cuya razón es llamada la "Pittsburgh" de México.

No nos resultó fácil esa noche dar con el lugar donde se realizaría nuestra reunión. Llegamos a las 7:58 de la noche. El acto comenzaba a las 8:00. ¿Repetiremos una vez más que el salón se llenó totalmente?

Esta reunión tenía un significado especial para nosotros: ¡sería la última antes de volver a territorio americano! Cantamos con entusiasmo a pesar de las amibas. Esta vez las víctimas de esos protozoarios fueron el Profesor Pérez Marcío y Juan Antonio Díaz. Así, después de la reunión tuvimos que recurrir a la farmacia en busca de la oportuna medicina.

Al día siguiente, 10 de marzo, en Laredo cruzamos la frontera y pisamos de nuevo nuestra tierra. Quienes han sido extranjeros aunque sea durante algunas semanas, saben con qué placer se vuelve a la patria.

La alegría que experimentábamos ni siquiera disminuyó por el hecho de tener que pasar en la Aduana de Laredo, Texas, una hora y media antes de que terminaran con el proceso de Inmigración y Aduana de seis personas, cinco de las cuales eran ciudadanos norteamericanos.

Nos quedaban dos reuniones más que realizar: una en Ciudad Juárez, México al otro lado de la frontera El Paso, Texas; la otra en Phoenix, Arizona.

El día 11 de marzo llegamos a El Paso con tiempo justo para prepararnos y cruzar la frontera hacia Ciudad Juárez. Aquella tarde Roberto Miramontes empezó a sentirse mal, con escalofríos y fiebre.

Ignorábamos que hubiera una hora de diferencia en el tiempo entre Ciudad Juárez y El Paso, de manera que cuando creíamos que disponíamos todavía de hora y cuarto, descubrimos que nuestro acto debía empezar al cabo de quince minutos. Volamos, más que corrimos, pero eso no impidió que llegáramos cinco minutos tarde al Teatro Libertad donde se realizaría el programa.

El Teatro era comparativamente pequeño y muy pronto estuvo completamente lleno de gente.

El propietario del mismo nos dio una calurosa bienvenida. Nos dijo: "Escucho su programa de radio siempre y lo considero muy bueno. Mi mayor deseo sería que ustedes se hicieran cargo de este teatro y lo usaran exclusivamente para sus reuniones."

La esposa de este hombre, una artista del órgano que ha dado conciertos en Europa y América, ejecutó hermosamente varias piezas a modo de ofertorio antes de que empezáramos con nuestro programa.

A la noche siguiente en Phoenix, Arizona, acababa de preparar el orden del programa para la reunión, cuando llegó Juan Antonio y nos dijo:

“Miramontes se siente bastante mal. No podrá tomar parte en el programa esta noche.”

Sabíamos que no estaba muy bien, pero parecía haber mejorado un poco por la tarde. Sin embargo, al caer la noche se hallaba peor. Llamamos a un médico y los demás salimos para hacer frente al compromiso de la noche. No pudiendo presentar al cuarteto, esa noche cantamos dúos y solos. Sin duda hubieran deseado escuchar al cuarteto completo, pero frente a las circunstancias hicimos lo mejor que pudimos.

¡Qué gran satisfacción sentimos todos al realizar la última reunión! Había sido el nuestro un viaje pesado en muchos sentidos, pero sumamente interesante. Estuvimos ausentes de nuestro hogar por 48 días durante los cuales realizamos setenta reuniones para el público. Tuvimos la satisfacción de reunirnos con miles de oyentes de La Voz de la Esperanza. Esperamos que como resultado de nuestra visita sean aún más entusiastas oyentes del programa. Dimos a conocer nuestro programa a miles de personas que nunca habían sabido de su existencia y lo más importante de todo es que inscribimos aproximadamente 3000 nuevos alumnos en la Escuela Radiopostal. Tenemos la seguridad de que las lecciones de nuestros cursos por correspondencia les llevarán regularmente las verdades del evangelio.

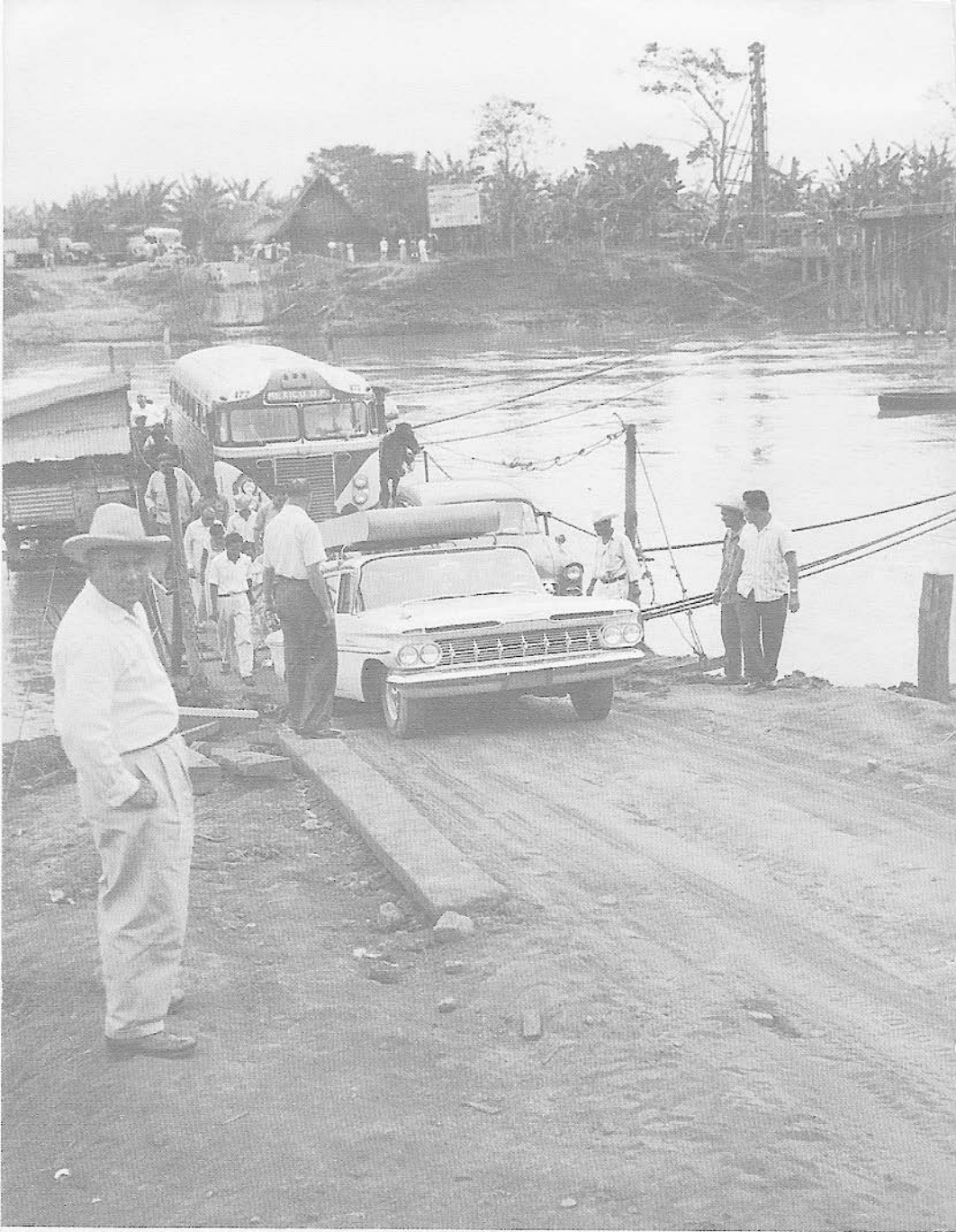
Los kilómetros volaban el siguiente día. Era el último día de un largo, muy largo, camino. Dos meses antes teníamos la incógnita frente a nosotros y la ansiedad gobernaba nuestros pensamientos. Ahora eso comenzaba a convertirse en un grato recuerdo.

Al cruzar el paso de Beaumont, California, podíamos ver a la distancia el vasto valle de Los Angeles.

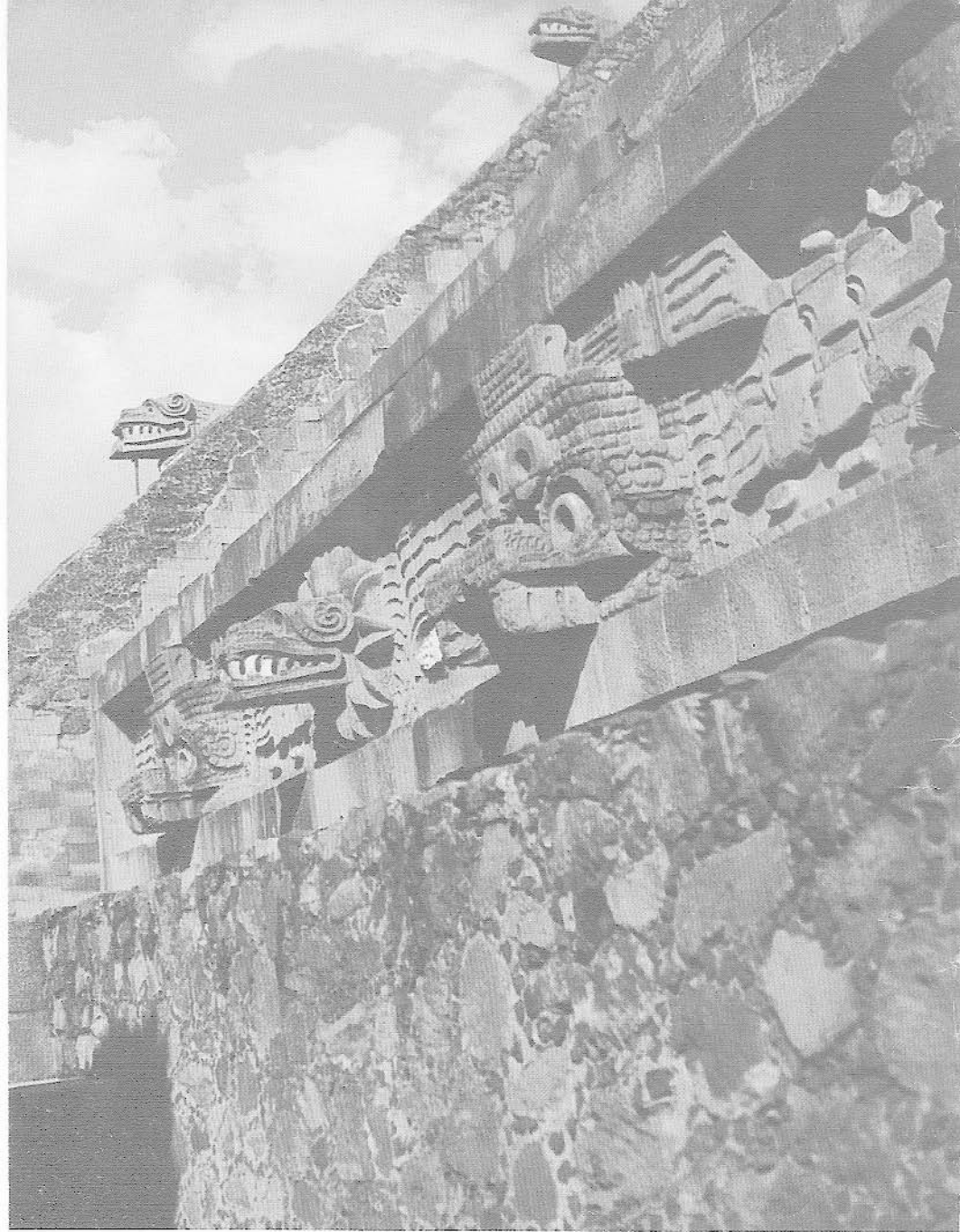
Cual un manto gris extendido sobre la ciudad, se veía ya el desagradable humo de las fábricas y de los “escapes” de los automóviles. Pero aun eso parecía hermoso. Estábamos llegando a casa. . . .



En Chichicasteñango los nativos adoran al Sol en las gradas de la iglesia de Santo Tomás, situada en las cercanías del mercado.



Cruzando el río mediante un "ferry", sistema usado para el cruce de innumerables ríos carentes de puentes en el Estado de Tabasco. El Profesor Pérez Marcio espera nuestro auto para luego subir a él.



En Teotihuacán. Los relieves esculturales de la Serpiente Mexicana decoran las ruinas del que fue una vez un templo Tolteca. Esta serpiente alada aparece muchas veces en los hallazgos arqueológicos de México y Guatemala.



Aquí, en la cumbre del Monte Albán desde donde se divisa la ciudad de Oaxaca, se hallan las ruinas de un lugar de culto. En el fondo se ve el templo de la danza, la más antigua de estas ruinas. Tienen aproximadamente 2.000 años.

Para saber en qué estaciones sintonizar el programa
LA VOZ DE LA ESPERANZA, solicite radioguías
a la dirección más próxima.

Argentina

Casilla 3099, Buenos Aires

Bolivia

Casilla 355, La Paz

Colombia

Correo Aéreo 2048
(Apartado Nacional 64) Medellín

Costa Rica

Apartado 1946, San José

Cuba

Gertrudis 109 Este, Vibora, La Habana

Chile

Casilla 2830, Santiago ✓

Ecuador

Apartado 1140, Guayaquil

El Salvador

la. Avenida Norte y Pasaje Lindo 1109,
San Salvador

Estados Unidos

P.O. Box 55, Los Angeles 53, California

Guatemala

Apartado 355, Ciudad Guatemala

Honduras

Apartado 121, Tegucigalpa

México

Uxmal 365, Col. Narvarte, México, D. F.

Nicaragua

Apartado 92, Managua

Panamá

P.O. Box 2006, Balboa
Zona del Canal

Paraguay

Casilla 312, Asunción

Perú

Casilla 560, Lima

Puerto Rico

Apartado 9505, Santurce

República Dominicana

Apartado 1500, Ciudad Trujillo

Uruguay

Casilla 512, Montevideo

Venezuela

Apartado 986, Caracas

[PRINTED
IN U.S.A.]

LA VOZ DE LA ESPERANZA



ESCUELA RADIOPOSTAL